



INSTITUTO TAMAULIPECO
PARA LA CULTURA Y LAS ARTES

Porque **LEER**
nos hace
fuertes
EN TAMAULIPAS

**TODOS
A LEER**

Primera antología de cuentos tamaulipecos

Círculos de Lectura en Tamaulipas



Primera antología de cuentos tamaulipecos

Círculos de Lectura en Tamaulipas



Primera antología de cuentos tamaulipecos

©Autores varios

Primera Edición. 2011

ISBN en trámite

Gobierno del Estado de Tamaulipas

Ing. Egidio Torre Cantú

Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Mtra. Libertad García Cabrales

Directora General del

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes

Arturo Medellín Anaya

Director de Publicaciones y Fomento Literario

Lic. Coro Perales Lavín

Departamento de Literatura y Promoción Editorial

Selección de textos:

Mtra. María del Carmen Trujillo Martínez

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA),

Calle Francisco I. Madero N° 237, Zona Centro,

Ciudad Victoria, Tamaulipas (C.P. 87000)

Teléfonos: (01-834) 1534312 Ext. 123

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, viñetas e iconografías, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso del editor.

Primera antología de cuentos tamaulipecos

Círculos de Lectura en Tamaulipas

Desde mi primera infancia, la lectura ha sido una compañera entrañable, buena consejera al tomar decisiones, inestimable amiga en los momentos de dicha o reservada alegría, auxiliar de la memoria y también, generadora de imaginación creativa.

Por eso, al principio de mi administración, propuse un programa de animación lectora, que brindara a todos los tamaulipecos, la oportunidad de disfrutar de los beneficios que este discreto placer nos proporciona.

En congruencia con una antigua conseja que dice: “el buen juez por su casa empieza”, el Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, estableció el Programa *Porque leer nos hace fuertes, en Tamaulipas, todos a leer*, inicialmente con los trabajadores de la administración pública estatal, para extenderse, posteriormente, a la sociedad civil.

El diálogo que se establece en los Círculos de Lectura, motivado por obras literarias de variado contenido, será sin duda, un ejercicio ameno para crecer y progresar individual y colectivamente, una nueva forma de relación que fortalecerá los valores y la convicción necesaria para construir el Tamaulipas que todos queremos.

Ing. Egidio Torre Cantú

Gobernador Constitucional del Estado

Agradecimiento

Esta *Primera antología de cuentos tamaulipecos* forma parte de una colección de relatos que ha nacido para ser leída en el programa permanente de los Círculos de lectura del estado.

A los autores de los 13 relatos elegidos les agradecemos por permitirnos publicar sus cuentos para esta edición. Es larga la lista de escritores tamaulipecos valiosos y fue difícil efectuar la selección de los textos. Posiblemente se hubiera elegido algún otro cuento y autor, o tal vez omitido alguno de los aquí presentes.

Podemos asegurarles que al leer a estos autores tamaulipecos, encontrarán una muestra de inteligencia y creatividad narrativa. Los invitamos adentrarse en estas páginas de fantasía.

La lectura es de relevante importancia para todos porque leer nos hace fuertes. *En Tamaulipas todos a LEER*

¡Que ustedes lo disfruten!

REBECCA BOWMAN

Brujas

Estoy llegando a la edad que tuvo mi madre cuando mi padre la abandonó.

Hay un retrato de ella, con tubos, un suéter roído café, con ojeras y una mirada amenazante. La foto fue tomada por mi padre como una broma, pero coincide curiosamente con el tiempo de su ida. Luego, ella pintaría su pelo, empezaría a jugar cartas, se volvería otra vez bella, pero el retrato permanece.

Puedo pensar en muchas imágenes así: la tía Dell, con sus cuarenta perros y veinte gatos, viviendo sola en una choza llena de mierda de animales en las afueras del poblado.

O mi abuela con su largo cabello canoso y amarillento, el olor a polvo y ropa vieja, y una vez de niña en que vi por accidente sus senos flácidos y horribles, colgados sobre su pecho.

Y me acuerdo de la visita a mi tía Hattie en una cabaña llena de humo en el bosque de Misuri, con sus ojos delineados sólo de abajo y su cabello arrastrándose por la espalda.

Somos dos hermanas, tomando té muy de noche en la casa de mi hermana, con nuestros hijos dormidos en el cuarto contiguo. Ya que estas visitas sólo suceden cada

dos años, nos damos cuenta una en la otra de nuestro mutuo deterioro.

Estamos encantadas de vernos, y con nuestro cabello alborotado y en batas rotas, hacemos algo como una reunión de brujas sobre su desayunador.

Mis encías empiezan a pudrirse. Hay un olor potente de deterioro en mi boca, no importa cuánto cepillo. Y mi hermana, cuyo cabello es largo y canoso, está volviéndose cada vez más reclusiva y excéntrica.

Veo el deterioro en otros lugares, no sólo en mi cuerpo sino en mi alma. Estoy cada vez más consciente de mis pecados, tonterías, estupidez. Y siento que las cosas buenas que alguna vez fui no son ya recuperables.

Me acuerdo de la primera vez que fui consciente de pecar, cuando Joanna me dijo que había mentido y que mi alma ahora tenía una mancha oscura en ella, y de cómo lloraba en el patio trasero junto a la piletta.

Siempre pienso en las cosas más tontas. Invento cosas y luego las creo.

Todas ellas eran mujeres bellas; interesantes, vitales. Aun la tía Dell, quien fue encerrada en una institución por su propia hermana, mi abuela, y atormentada con electro-choques (nunca perdonó esto, al salir del lugar sin tener memoria de su conducta rara, jamás volvió a hablar con su hermana.) aun ella tocaba el piano, cuidaba su jardín, contaba cuentos interesantes y se reía ampliamente y con frecuencia.

Quizás sólo eres una bruja para los demás, pero aun así, ya no aguanto mirarme en el espejo.

Mi hermana mayor siempre me ha protegido. Escudada por ella y luego por mi memoria fallida, es poco

lo que me acuerdo de mi infancia. Sólo el olor del perfume de mi madre y el retrato de ella en tubos.

Meneo mi té y la miro, me siento tan contenta de que estemos juntas. Ella me cuenta de su nuevo libro y veo cómo se le iluminan los ojos, de repente bellos. Sus manos gráciles dibujan círculos en el aire.

Pienso en los polos que uno utiliza para mirar la vida. Tantos cuentos giran sobre las oposiciones que elegimos. Si fuera a escribir un cuento sobre la conformidad contra la libertad, entonces estas mujeres serían héroes, pero como estoy examinando sus cuerpos, el punto en donde estoy más ligada con ellas, éste no es un cuento de optimismo sino de desconsuelo.

Qué tonta soy. Qué tonta pensar que esto tiene importancia. Pienso en Yeats y en sus versos sobre los viejos, riéndose al ver una rama vacía, y que ninguna de estas mujeres se preocupó mucho por la apariencia. Yo misma sólo cepillo el cabello antes de salir de la casa, como parte de un ritual de limpieza, para que no me piensen descuidada, pero no por mejorar mi aspecto.

La vida es demasiada variada como para gastarla en una misma. Cada una de estas mujeres era activa, estimulante, bulliciosa. Mi abuela corría por su sala sin sacudir buscando su nuevo libro sobre los OVNI's. Mi tía Hattie, ganadora de una beca Guggenheim, a la edad de sesenta y siete años sigue enseñando arte en una escuela local.

El nombre bruja es dado por otros, quienes jóvenes y por lo tanto poco sabios no entienden. O por hombres que temen a las mujeres con poder.

Pero todas mis mujeres eran pobres. Tan pobres a veces que vivían en chozas sin un baño, en pueblos mi-

neros sobre pisos de tierra, en tráileres estacionados cerca de basureros, y quizás su deterioro se debía a esto. A una mala dieta, a una vivienda inadecuada, y a no tener el dinero suficiente para lociones o ropa.

Así que la apariencia no importa. Excepto, no, hay una verdad en esta teoría de brujas; que la mayoría de las mujeres estamos destinadas a estar solas. Pero ahora, con el divorcio, este destino nos llega a una edad más temprana, no a la muerte del cónyuge, sino al llegar nosotras por primera vez a serle repugnante. Quizás es ésta la razón de tanto ejercicio frenético que se ve, las cremas rejuvenecedoras y la cirugía plástica. Tememos estar solas.

Mucha de la hermosura se liga con la procreación. Todas las especies lo hacen: irradiar belleza cuando los huevos están maduros, atraer al otro sexo, tener los hijos y entonces perder esa abundancia de carne una vez que nuestro destino reproductivo se ha realizado.

Así era con mi madre. Examinando viejas fotos de ella, junto con mi esposo, él exclamó que ella era bella. Y lo era. Un cuerpo sinuoso, una cara bonita, pero después de dar hijos a mi padre fue abandonada en una casa dilapidada, seca y con dos mocosas a quienes alimentar. Incapaz ya de atraer a nadie. Sola pero no amargada. Ninguna de ellas era amargada.

Supongo que le servíamos de consuelo.

Y mi hermana y yo somos ya de la misma edad, mujeres ya no en lozanía sino empezando a marchitarse. Oigo en su plática los mismos temores que los míos, que nuestros esposos ya no nos quieren, que también pronto estaremos solas.

Mi hermana, cómo la quiero. Ella es la más cercana a mí, un cuasiespejo, no porque nuestras vidas son simila-

res, no porque nuestros pasados sean el mismo –entre su descripción de nuestra niñez y la mía yace un golfo de diferencia– sino porque dentro de nosotras vive la misma semilla genética. Ella es la más cercana genéticamente a mí de cualquier humano en esta tierra.

Y así veo en ella florecer los brazos gordos de la abuela materna, los senos colgados de la paterna, las quijadas de mi tía y las ojeras de mi madre.

Estoy segura que ella ve lo mismo en mí.

También ha estado examinando nuestro pasado, a nuestros parientes.

Es ella quien me cuenta de su visita a mi tía Hattie, la única hermana de mi padre, y como allí vio en ella a mi abuela. Hasta el olor. Olía igual.

Y es ella quien finalmente me revela un poco de nuestra vida en familia

Sobre la bilis que vertía de la boca de mi padre.

Sobre el lento deterioro de mi madre bajo tantos insultos y burlas.

Así que ahora sentada junto a ella pienso que quizás este abandono era un regalo de libertad, y que quizás no hay razón para lamentarlo.

OLGA FRESNILLO

Mi amiga Tere

A María Mercedes Varela

Vivir con Teresita resultaba patético y agradable. Habría podido disfrutar plenamente de sus confidencias, por lo regular llenas de encanto, si no me hubiera equivocado de medio a medio.

Conocía a Teresita por error, aunque ella afirmara lo contrario. Recién llegada a la ciudad, me encontraba sentada en una cafetería con el periódico del día abierto en la página de avisos, buscando una pensión barata que me permitiera hacer rendir mi exiguo presupuesto. La oferta era en realidad muy escasa, dos o tres lugares que no me parecieron atractivos. Pero había que decidirse por alguno esa misma mañana; no podía darme el lujo de pagar un hotel. Así que llamé a los teléfonos que venían en la sección de “Asistencias” y decidí quedarme en la única cuya dueña aceptó pasar por mí hasta el café, cosa que, según dijo, haría sólo por esa ocasión. En la espera estaba, mirando la puerta cada vez que ésta se abría, cuando entró una mujer bajita y cilíndrica, con las piernas similares a las patas de una mesa de billar y el pelo recogido en la nuca en un chongo magnífico.

Volteó para todos lados y terminó viéndome. En su cara, redonda y plana, sus ojos eran unos cascabeles que sonaban al mirar.

—¡Hola! —dije poniéndome de pie—. No se ha tardado nada.

—La ciudad es muy pequeña, aquí a cualquier lugar llega uno pronto —contestó amablemente.

Tomé mis dos maletas y me adelanté para alcanzar la puerta.

—¿Dejó el auto cerca? Es que, la verdad, apenas puedo.

—¿Cómo dice? ¡Ah, sí, el auto! Está descompuesto.

—Entonces tendremos que pedir un taxi.

—No será necesario, vivo a la vuelta.

Recuerdo esa conversación por lo tonta que fui. Tere iba únicamente a almorzar, como todos los jueves, día de su descanso, y no a recoger a una forastera despistada. Mucho tiempo después le pregunté por qué no me había dicho: “disculpe, usted me confunde”, en lugar de llevarme hasta su casa.

—Pero si no estabas equivocada, corazón, yo fui porque me llamaste. Me urgía una compañera con quien dividir los gastos del departamento y por eso puse el anuncio en el periódico pero, como te habrás dado cuenta, la encargada de clasificados anotó lo que le vino en gana. Pero eso no tiene importancia, lo bueno es que, a pesar de ese descuido, pudimos encontrarnos.

Al entrar y ver que aquel lugar no era la casa de asistencia a la que había llamado, me pareció poco inteligente aclarar el asunto; el sitio era cómodo, extremadamente limpio y con una renta que era un sueño.

Para entonces, la amabilidad de Teresita se había convertido en otro atractivo más. Así que le seguí el juego

pretendiendo creer que era ella la mujer a quien había esperado en la cafetería. No tuve necesidad de preguntarle a qué se dedicaba, colgada en el perchero estaba su cofia blanca. En realidad, no tuve necesidad de preguntarle nada; Tere estaba ansiosa de tener quien la escuchara. El primer día de nuestra vida en común, me hizo una reseña de su trabajo en el hospital, de sus pasatiempos favoritos, la lectura y el tejido, y de... ¡su novio!

Me pareció una estupidez el que este hecho me causara admiración. ¡Caray!, después de todo, el que Tere estuviera excedida de peso y contara con casi 40 años no significaba que no tuviera su corazoncito. Y así, precisamente, era como llamaba a su galán cuando me hablaba de él.

—Vieras qué lindas flores me envió Corazoncito al hospital. Unas rosas rojas que preferí dejarle a la viejita del 212; estaba tan triste la pobre porque su hijo no pudo ir a verla que le dije que el muchacho se las había mandado. ¡Se puso tan contenta!

Y como único recuerdo, metía una flor ajada entre las páginas de la novela de amor que leería esa noche, en cualquier rincón de la clínica, para mantenerse despierta.

—Mañana que me toca descanso, aprovecharé para avanzarle al suéter. Corazoncito es tan alto y fornido que no sé cuándo acabaré de tejer.

Y las madejas de estambre rojo formaban la prenda que “Corazoncito” nunca estrenaba porque, a punto de obsequiársela, Tere descubría que se le había ido un punto, “¡Ay, corazón, justo al frente!” y ella, amorosa, destejía y volvía a empezar.

En los primeros meses, como yo trabajaba todo el día y Tere por la noche, me resultaba comprensible no coincidir con su novio.

—Además, Corazoncito está poco en la ciudad, es que tiene que estar al pendiente de su rancho. A veces sólo le alcanza el tiempo para pasar a saludarme al hospital. Pero le he hablado mucho de ti. ¡Tiene tantas ganas de conocerte!

Más tenía yo pues, a esas alturas, había empezado a sospechar que mi compañera inventaba su romance. En una ocasión le pedí que me mostrara una fotografía de su novio.

—No le gusta retratarse y, créeme, no me explico la razón porque es muy guapo.

El tiempo pasaba y “Corazoncito” seguía siendo un misterio para mí. Un misterio cada vez más intrigante puesto que, sin haberlo visto, lo sabía todo acerca de él: su color de pelo, su talla, sus películas favoritas, su manera de reír... Poco a poco, sin darme cuenta, empecé a sentirlo como a un viejo conocido.

—Hola, habla Gloria, ¿está Teresita?

—No, acaba de salir con su novio, pero si quieres dejarle algún recado con gusto se lo haré llegar.

—Pues no, no es necesario. Oye, disculpa la pregunta, ¿deveras Tere tiene novio?

—Claro que sí, desde hace tiempo y muy en serio.

—¿Y tú lo conoces?

—¿Cómo no voy a conocerlo si todos los jueves viene por Teresita? Es un encanto de hombre y muy guapo, por cierto.

Me convertí en la testigo del romance de mi amiga, primero, por no poner en evidencia a quien tanto estima-

ba y, luego, porque yo misma me convencí de que era más sencillo aceptar la existencia de Corazoncito que negarla. Hasta que en cierta ocasión, Tere llegó muy entusiasmada haciendo planes para su próximo matrimonio.

—Mañana me acompañarás a comprar un vestido, Corazoncito quiere que vayamos a casa de sus padres para fijar la fecha de la boda. ¡Estoy tan contenta!

Sus ojos, en esos momentos, eran dos campanas llamando a fiesta. Y no dejaron de repicar durante los siguientes días. Para la visita a sus futuros suegros escogió un conjunto de vestido y abrigo rosas. Y, como siempre, no se olvidó de pensar en Corazoncito; a él, por fin, le terminó el suéter que había estado tejiendo durante los dos últimos años.

—¡Quedó precioso! ¿Verdad, corazón? Ni un sólo error, está perfecto. ¡Apenas lo puedo creer!

Yo también, apenas podía creer que mi amiga, la amiga de mi corazón, viviera sus mentiras de esa manera tan real. Me pareció patético oírla hablar con su prometido:

—Sí, Corazoncito, llevaré el vestido listo para ponérmelo al salir del trabajo, y un regalito para ti... Sí, ya le he avisado que no vendré en todo el día... Y yo a ti, hasta mañana, Corazón.

No pude decirle que, con tantas prisas por lo de su compromiso, se me había olvidado pagar el recibo y la compañía telefónica había desconectado el servicio unas horas antes.

Al día siguiente, antes de irme al trabajo, decidí pasar por el hospital, quería estar presente cuando Teresita, mi buena Tere, se quedara esperando inútilmente. Creía un deber darle mi apoyo.

Cuando llegué a la puerta, vi a a mi amiga con su traje rosa alejarse del lugar. Un hombre alto y fornido, enfundado en el suéter rojo que yo conocía tan bien, la llevaba del brazo. Apenas pude adivinar sus caras cuando ambos voltearon a besarse.

Estuve ahí algunos minutos, los suficientes para que Gloria se acercara a abrazarme.

—Se ha ido, nos dejó para siempre.

Por más que le expliqué que Teresita volvería al día siguiente, después de que fijaran la fecha de su boda, ella no paró de llorar, de asegurar que mi amiga acababa de morir.

—Fue su corazón que le falló, los médicos no se explican por qué, todavía era joven.

El tiempo ha pasado. Sigo viviendo en el mismo departamento que compartí con Tere. A pesar de que ella viene seguido a visitarme y de que conmigo deja obsequios para sus antiguas compañeras de trabajo, en el hospital insisten en que Teresita ha muerto. Algún día tendrán que convencerse —como lo hice yo— de que están en un error y podrán verla, más enamorada que nunca, con las campanas de sus ojos llamando a vida.

Al caer el cien y otros cuentos, 1992.

GRACIELA GONZÁLEZ BLACKALLER

El cuento de nunca acabar

Habían anunciando que ese día pagarían las tareas. Evodio se estiró en el camastro que le habían prestado; rascándose la nuca, pensó en su tierra. ¡Cuánto había ansiado estar en la frontera para ganar buen dinero! Y ahora, todo se había reducido a soportar estoicamente el maldito calor de verano; y tras de muchos días, recibir al fin su primera paga. No sabía qué cantidad de dinero le iban a dar. ¿Habría valido la pena trabajar un sol tras otro, sin pensar en nada? Para qué pensar. Su pueblo había quedado muy lejos y entre el polvo del camino se diluyó el dolor que sintió al principio. Sin dinero no vale hacerse ilusiones. La estereotipada sonrisa aparecía en su rostro sólo para agradecer cuando le daban agua y su ración de tacos. Jalar la saca e ir llenándola de capullos de algodón era su única preocupación. Lo demás, eran sólo cuentos. A veces miraba hacia el horizonte y daba la impresión de tener interés por la vida, pero la verdad, no le importaba. Sus pies encallecidos estaban ya acostumbrados a pisar los terrenos ardientes de esa zona algodонера del norte.

Llegado el momento se formó en la fila de hombres y mujeres que esperaban la raya. Taciturno, con el sombrero ladeado, Evodio adelantaba un paso según iban

pagando. Ese algodonal estaba retirado de todo y él no sabía exactamente en dónde se encontraba. ¿A dónde iba a ir ahora?, ¿a Matamoros o a Reynosa?

El sudor de la frente le cayó en los ojos y le ardieron. Con su paliacate rojo secaba de vez en cuando el rostro renegrido. Cuando le llegó el turno de cobrar, el sol se escondía ya detrás de las nubes. En la tarjeta estaba –según le dijeron– su cuenta hecha. La mano callosa quedó extendida en señal de protesta, cuando pusieron en su palma la exigua cantidad que alcanzó. Le explicaron que la comida y el alquiler del catre se lo habían descontado.

—No tienen madre –masculló, y con paso lento se retiró, guardando el dinero; en seguida adoptó aquel aire de indiferencia que es el mejor mecanismo de defensa, para aquellos que quieren ocultar su desesperación ante su propia impotencia.

Caminó hasta la orilla de la carretera y se juntó con un grupo de pizcadores que habían pedido aventón.

—¿Pa' dónde van? –preguntó hosco.

—Pa' Reynosa –contestaron varios.

—¿Me lleva? –preguntó al chofer haciendo una mueca que quiso ser sonrisa.

—Órale, súbete.

Se acomodó entre los demás y en ese momento, le vino el recuerdo de su madre, cuando iban al pueblo a votar. Él era un escuincle, pero también lo llevaban a la cargada. “Agárrese bien m'ijo, no se vaya a cai”. Ahora, ya grande, de todos modos viajaba como buey. Su áspera piel se enchinó al sentir el golpe del viento, cuando el camión arrancó.

Al llegar a las primeras casas del pueblo, se detuvo la troca.

—Abajo todos —gritó el hombre que manejaba.

Los pizcadores se precipitaron para echar el brinco y se desbalagaron. Evodio sujetó la bolsa con su ropa de trabajo, mientras aseguraba su paga, a través del pantalón.

Ya era muy noche. La sed que nunca apagaba lo hizo pensar en un refresco grandote, de ésos que anunciaban en la carretera. También se comería un buen pozole. Para eso traía dinero. Él no iba a estar pensando si la comida era cara o no. Si fuera posible, se echaría un tequilita. La luz rojiza de los focos apenas iluminaba las calles, y las tiendas estaban cerradas en ese canijo barrio ni una fonda había. Le dio coraje porque él quería gastar, sentirse vivo; justificar el haber venido desde tan lejos; darse la razón del por qué había abandonado su tierra. Divisó un puesto al final de la calle y se le alegró el corazón. Aceleró el paso porque de pronto se sintió joven. El cansancio de semanas trabajadas tenía que desaparecer de su mente, cuando menos.

—¿Tiene algo de comer? —articuló la pregunta a medias.

—Nada, se acabó todo —respondió la mujer.

—Refrescos ¿sí tiene?

—Nada ¿qué no oye?

—Es que...

—Me lleva... ¿No oye que no quedó nada? —dijo malhumorada la vieja, sin levantar la cara para verlo.

—Es que necesito comprar algo... —las palabras agonizaron perdiéndose en los agrietados labios.

—Aquí no hay nada... y doña Tila, la de las sodas ya se fue.

—Algo le quedará... un taquito, ¿no? —aventuró otra vez. La mujer se rió, y un reflejo de sarcasmo iluminó su

cara, donde lucía con desparpajo una dentadura irregular y escasa. Volvió a reír y dijo:

—Si quiere le vendo la mesita.

Evodio se alejó unos pasos, la sangre se le subió a la cabeza y su machismo hizo acto de presencia. Con paso decidido regresó y dijo:

—¿Cuánto quiere por la mesa?

Al verlo tan serio, la mujer ladina se aprovechó y le puso un alto precio. Pagó él sin regatear. Subió la mesita a la cabeza y se retiró. Caminó dos calles con el sombrero apachurrado y se sintió ridículo.

Él no estaba de humor para andar cargando mesitas. La euforia del acto mercantil se había desvanecido y sólo quedó su orgullo de hombre, herido.

Dando zancadas desanduvo el camino y trató de alcanzar a la mujer que iba en sentido contrario. Se detuvo frente a ella, y al tiempo que bajó la mesa, dejó caer una especie de sonrisa

—Oiga, le regalo la mesita...

Ella lo miró. Recordó que estaban pagando las pizcas, y en un acto mezcla de humanidad y conveniencia, le dijo:

—Órale, venga conmigo, en la casa tengo café pa' darle.

Las dos sombras se alejaron a lo largo de la calle.

JUAN GUERRERO ZORRILLA

¿De madera?

Tenía unos diez años de conocer a Andrés Pilón Fuentes, en los últimos cuatro nos unió una fuerte amistad. Era un hombre de unos cuarenta y tantos años, de carácter serio, complexión regular, 1.75 metros de estatura, tez blanca, ojos negros y cabello castaño; vivía en la última casa de una colonia apacible. Se podía decir que era uno de los poquísimos amigos que lo visitaba con frecuencia. Su fascinante biblioteca contaba con una amplia sección sobre temas del espacio, desde cuestiones técnicas de los cohetes y transbordadores espaciales, hasta Atlas del Universo y cartografías del espacio. En ocasiones, al oscurecer, instalaba en su terraza un telescopio y observaba el universo; me señalaba las estrellas y los planetas que podían verse a simple vista.

Una tarde, en su casa, me dijo:

—Te voy a revelar un secreto; tal vez ni me creas. Eres mi mejor amigo y quisiera que lo supieras. Claro, quiero tu total discreción.

—Cuenta con mi absoluta reserva.

—Tengo 30 años de vivir en la Tierra, mi historia es sencilla, como en una película de ficción, soy de una lejana galaxia; formaba parte de un equipo de expedición. Por ser yo alguien muy ligado al Emperador y su ideolo-

gía, tenía enemigos y decidieron eliminarme. El encargado de cumplir esta orden era un individuo que me debía favores y tuvo un rasgo de piedad; me dejó en la Tierra, desmayado en una playa solitaria y a mitad de la noche, únicamente con la ropa y los zapatos que traía puestos. Las dos señales de emergencia que traemos todos los exploradores, una en el cinto y otra en el cuello, me las quitó; estuve varias horas inconsciente, antes del amanecer desperté y empezó mi aventura aquí.

Una pausa y pregunté:

—Pero llegarías aquí siendo un niño, aún eres joven.

—Tenía 42 altos, ahora 72. Vivimos en promedio unos 150 altos.

—Pensé que eras menor que yo; aunque siempre me habían llamado la atención tus vastos conocimientos. Ahora me lo explico. ¿Y qué pasó después de tu llegada a esa playa solitaria?

—Caminé por la costa hasta encontrar unos pescadores; no sabía el idioma, así que fingí que no podía hablar. Permanecí con ellos un tiempo.

—¿Qué lugar era?

—Cerca de Tuxpan. Al mes, más o menos, entendía el idioma. Trabajé duramente en un pesquero alrededor un alto; luego me trasladé a Tampico y seguí en ese negocio. Ahorré dinero, arreglé una identidad y adopté el nombre por el que me conoces. Al cabo de unos años pude tener un negocio de productos químicos; con mis conocimientos, pronto hice innovaciones y logré aumentar mi capital. En varias ocasiones estuve aquí en Ciudad Victoria y decidí venirme a vivir; vendí el negocio en Tampico, ésa es la historia. Ahora he decidido intentar volver a mi mundo.

—¿Pero, cómo?

—El secreto es que en uno de nuestro viajes, mi compañero de confianza ya sospechaba algo, pues la tensión política estaba en su punto máximo, así que dejamos escondida, para una emergencia, una nave auxiliar de salvamento en una de las lunas de Júpiter, la que ustedes conocen como Europa, satélite ideal por su consistencia rocosa y de tamaño similar a la Luna. La ocultamos en una cueva que acondicionamos. Necesito ir hasta allá.

—¿Pero cómo llegarás a ese sitio lejano?

—En una nave que estoy construyendo. Con la que pienso recorrer los aproximadamente 800 millones de kilómetros de distancia que habrá de aquí a allá cuando la tenga lista.

—¿Tú la estás haciendo?

—Sí. Comprendo tu asombro. En tu lugar, yo habría reído a carcajadas; pero vamos a verla para que no dudes.

Le pregunté dónde estaba y señaló hacia el patio; lo seguí. Veía únicamente césped, a su perro Blin y un árbol, me señaló la puerta del traspatio. Allí, bajo un techo de lámina (de 4.50 metros de altura) estaba la nave casi terminada; mediría unos 6 metros de largo por unos 2.40 de diámetro. Me preguntó con toda seriedad.

—¿Qué te parece?

Estaba pasmado y únicamente alcancé a decir:

—¿De madera?

Y él, con su formalidad habitual me dijo:

—Así es; dadas las circunstancias, es el material más adecuado.

Asombrado veía aquello, pensando que mi amigo se había trastornado. Comprendo que alguien con habilidad construya un bote en el patio de su casa o arme un

avión, pero de eso a fabricar una nave espacial hay un abismo en tecnología. Me acerqué a la nave; aún faltaba el vidrio del parabrisas y la puerta del lado izquierdo (vista desde el asiento del piloto). Me invitó a pasar; subimos por una escalerita, pues la nave descansaba sobre soportes de 1.50 metros de altura. Adentro había una silla tipo butaca a un metro de donde estaría el parabrisas y situada al centro, a manera de controles, había cinco palancas y cuatro pedales. Convencido estaba que era una burda broma, pues incluyendo asientos, pedales y palancas, todo era de madera! Pensé: Ni para filmar una película para niños. Nadie puede creer semejante inocentada. Andrés, al ver mi cara de incredulidad comentó.

—Bueno, aún no está terminada. No creas que ha sido fácil construirla, he estudiado algo de carpintería; hasta tome un curso por correspondencia y compré esa maquinaria —me señaló una sierra y otras herramientas que estaban bajo el mismo techo—. En algunas cosas me ha ayudado un carpintero; tengo ya ocho meses haciéndola. Voy despacio pero me está quedando como la necesito; espero que resista el viaje. Aún me faltan varios detalles, forrar el asiento, recubrir el interior y exterior con una resina plástica, para que sea totalmente hermética. Te pido discreción, nada más tú y Alicia Maldonado saben de mi proyecto. Al carpintero le dije que era para una película.

Volví a examinar por fuera la nave; eso sí, muy bien ensamblada y cubierta por un barniz transparente. Le pregunté:

—¿Por qué de madera?

—Así tiene que ser, pues se impulsará por un sistema “primitivo” de antigravedad; entre menos material

metálico lleve, mejor. La nave la ensamblé a base de espigas y empalmes de madera, ayudado por pegamento; no usé ni un clavo o tornillo.

—Estimado Andrés, no quisiera desengañarte, pero para salir de la atracción de la gravedad de la Tierra se necesita una velocidad de 28,000 kilómetros por hora, la nave se quemaría por el calor generado por la fricción.

Él me escuchó atentamente; con una seña me indicó que fuéramos a la casa. Una vez en la biblioteca me dijo:

—Se necesita más velocidad; 28,000 kilómetros por hora es la primera velocidad cósmica y únicamente se logra un vuelo orbital, para satélites. Con 42,000 kilómetros por hora se logra la segunda velocidad cósmica y se abandona la Tierra. Pero yo no tengo ese problema, la nave se moverá por antigravedad; no necesito esa velocidad. Con el sistema actual de impulso a base de propergol, los cohetes tienen que desarrollar gran velocidad en muy poco tiempo para vencer la gravedad, pues el combustible se gasta rápidamente. Con la antigravitación no hay esa dificultad, pienso recorrer los primeros 80 kilómetros a una velocidad de 150 kilómetros por hora, luego, donde ya no hay atmósfera, acelerar con una fuerza de dos veces la gravedad terrestre, hasta alcanzar una velocidad de un poco más de 14 millones de kilómetros por hora en 56 horas y habré recorrido 400,000,000 de kilómetros, aproximadamente la mitad del viaje, de allí en adelante desaceleraré con una fuerza de menos dos gravedades terrestres, para en otras 56 horas estar ya muy cerca de Europa. En total haré unos 5 días. Además, con este sistema de impulso, aunque no llevo energía para despilfarrar, tampoco es un punto crítico y podré salir en

el momento que esté listo, sin necesidad de esperar una Ventana¹ para mi viaje.

Le pregunté intrigado:

—¿Cómo funciona el sistema de antigravedad?

—Sería difícil que lo comprendieras por el grado de conocimientos que tienes. Te pondré un ejemplo, si en una máquina del tiempo fueras al siglo XII podrías explicarle a una persona con inteligencia normal de ese tiempo cómo funciona el cinematógrafo, mostrándole varios dibujos similares en unas hojas que al pasarlas rápidamente dan la sensación de movimiento. Luego, por medio de siluetas a la luz de una vela darle una explicación simple del funcionamiento de un proyector de cine; creo que entendería la esencia del sistema. Pero si a esa misma persona le quieres explicar cómo funciona una videocasetera, lo más seguro es que no comprenda; habría que empezar por un curso de electricidad, de los principios de la TV, el uso de las cintas magnéticas por medio de impulsos electromagnéticos. Y como no tendría ni idea de un tomacorriente de 110 voltios, se quedaría sin entender nada.

Ante esta clara explicación comenté:

—Tienes razón, a duras penas entiendo algunas cosas de mi época y de mi planeta.

Me explicó que la nave podía acelerar más rápido, pero que a dos “g” (dos veces la fuerza de la gravedad) pesaría 148 kilogramos y se podría aún mover con cierta libertad, aunque él soportaba hasta 4 “g” por algún tiempo prolongado sin sufrir daño, pero con una aceleración así, casi no podría moverse y necesitaría estar atento todo

¹Tecnología Espacial: Nombre dado a cada uno de los cortos períodos propicios al lanzamiento de una sonda interplanetaria para máxima eficiencia del propergol.

el viaje, dormir por momentos pues el control de la nave es totalmente manual; un error y la desviación sería de miles de kilómetros, así es que constantemente iría corrigiendo el rumbo. Le pregunté:

—¿No hay problema con los aerolitos?

—Claro, pues hay meteoritos que viajan a 150,000 kilómetros por hora, que es la tercera velocidad cósmica con la que pueden cruzar el campo gravitacional del Sistema Solar. Aún estando inmóvil, mi nave no resistiría un golpe así, menos a la gran velocidad que viajaré; por eso el sistema antigravitacional incluye un campo de fuerza en la parte frontal que protegerá la embarcación.

—¿Y tu nave de salvamento es rápida?

—Bueno, tiene capacidad para viajar en “Fase IV”, algo semejante al hiperespacio en los relatos de ciencia-ficción. Pero en una distancia “tan corta” como de Europa a la Tierra no me conviene usar ese pasadizo por el alto gasto de energía; como es embarcación de auxilio más vale dejar combustible para una emergencia.

En las semanas siguientes lo encontré entrenando en su gimnasio más a menudo, diciéndome:

—Tengo que estar en perfectas condiciones, voy solo y todo dependerá de mí.

Cuando íbamos al traspacio; veía intrigado como iba avanzando la terminación de la nave; había colocado ya el parabrisas, era un grueso vidrio blindado, igual que las dos claraboyas laterales y el vidrio pequeño posterior. También protegió los dos faros empotrados al frente de la nave, colocó dos espejos retrovisores en el exterior, que operaba a control remoto, por si le molestaba el sol. Estaban listo el purificador de aire en el interior, las gavetas donde guardaría los alimentos, las cortinas en las

ventanas. El asiento terminado quedó muy cómodo, contaba con respaldo reclinable y era posible fijarlo en diversas posiciones, también disponía de un cinto de seguridad tipo arnés. Cuando veía todo esto me comentó: No llevaré cama, dormiré por momentos, trato que sea lo más cómodo posible. En el techo, como en los lados, había puesto pasamanos como un bus urbano, explicándome que le ayudarían a moverse, sobre todo en la fase de aceleración y frenaje o sea, casi todo el viaje. Yo mido 1.70 metros, tenía que caminar un poco agachado por el pasillo; bajo la tarima del piso estaba el secreto mecanismo de la antigravedad. Lo único visible de este dispositivo era un par de paneles de 15 por 80 centímetros que sobresalían al frente de la nave y al ras de la madera; eran los que creaban el campo de fuerza. Con la seguridad con que hablaba del viaje, daba la impresión que aquella nave despegaría sin dificultad, aunque francamente yo tenía mis dudas.

En ocasiones me recibió moviéndose dificultosamente en su traje auténtico de astronauta que había conseguido en los Estados Unidos, comentándome la primera vez que lo vi:

—Es mi salvavidas, me costó caro, pero al llegar a Europa tendré que salir de mi nave terrestre e ir a la embarcación de salvamento y la temperatura será de -130 grados centígrados, tengo que conocerlo bien.

En una de mis visitas él estaba colocando un acelerómetro sobre el amplio tablero, ese instrumento le serviría para ir a una aceleración constante de dos “g”. Midiendo el tiempo utilizado por medio de fórmulas de física calcularía la distancia recorrida, así como la velocidad desarrollada, cálculos que verificaría con la observa-

ción visual de los astros. Con todo cuidado colocaba el instrumento y me comentó:

—Alicia Maldonado, mi gran amiga, desea irse conmigo a mi planeta, la voy a llevar, pero quiere acompañarme desde ahora a Europa, me ha insistido mucho. De verdad siento bastante pena, qué mejor que ir con su agradable compañía, pero no puedo llevarla, el viaje es de mucho riesgo, no está calculada la nave para dos, tendría dificultades con la renovación del aire, habría que conseguir otro traje espacial. Además como ves, no tengo ni un baño aceptable.

Miré a mi alrededor, no se veía nada ni remotamente como un excusado, hice un ademán de interrogación, me contestó:

—No tengo eliminador de desechos líquidos y sólidos a base de succión de aire como las naves de la NASA, para “pipí” haré en un pañal desechable, lo colocaré después dentro de una bolsa de plástico y luego allí —señalándome un basurero rojo sujeto al piso, con una tapa ajustada—. Para lo otro, tengo un retrete de excursión —me indicó una gaveta en la parte trasera— espero cumpla su tarea, como tendré aceleración constante en la nave, habrá gravedad y no creo tener problema.

Salimos de la nave y cerró la puerta comentándome que batalló pero le quedó con un ajuste hermético. La puerta se abría hacia adentro, para que la presión interior ayudara a cerrarla mejor.

La siguiente semana le dio otro recubrimiento de un material plástico transparente por adentro y afuera, pensaba pintarla de blanco antes de partir para evitar un calentamiento excesivo por los rayos solares.

Una mañana que lo visité estaba Alicia, ya en otras ocasiones habíamos desayunado acompañando a Andrés, mujer de 38 años, de 1.65 de estatura, ligeramente gordita, blanca, ojos cafés, cabello castaño, cara redonda, simpática y amable, me saludó con gran entusiasmo. Andrés nos llevó a la nave que se encontraba con la puerta cerrada y nos comentó que estaba sometida a una presión interna de 80 libras por pulgada cuadrada. Le inyectó aire a presión por un tubo dejado ex profeso para eso, mismo que usaría para bajar la presión al final del viaje y abrir la puerta, comentándonos:

—Es toda la presión que me dio el compresor, creo es suficiente, ya tiene más de 34 horas y no ha perdido ni media libra, son más de cinco atmósferas, creo que ya está casi lista.

Alicia le preguntó si antes había hecho alguna nave del espacio y él sonriendo nos contó esta parte de su vida.

—Nunca. Aunque sé su funcionamiento, estudié cinco años Mantenimiento y Reparación de Embarcaciones Espaciales, en el equivalente a una de sus Universidades. Concluidos mis estudios trabajé tres años en un Taller de Servicio a Naves Espaciales, allí tomé gran experiencia, pues se atendían a naves de todo tipo y algunas hasta con más de 100 años de uso. Luego impartí en la Universidad las clases de Impulso por Antigravedad que incluía su historia y funcionamiento, y desplazamiento en “Fase IV”. Pasé luego a formar parte de la Legión de Exploración, pues necesitaban un experto en Mantenimiento y solicité el puesto, ésa es mi relación con las naves espaciales.

Casi al mismo tiempo Alicia y yo le dijimos:

—¡Eres un genio!

Él sonrió y dijo sencillamente:

—Mi civilización es más avanzada, mis conocimientos son producto de la suma de muchísimos pensadores que me antecedieron. Por haber terminado mi labor, los invito a un restaurante a comer.

Salimos quedándose su fiel perro Blin de guardián. En la comida Alicia se entristeció cuando le informó que no la podría llevar, pero quedó formalmente de volver por ella cuando regresara de Europa, diciendo:

—Todo viaje implica un riesgo y más yendo en algo tan primitivo, pero volveré por ti. Espero que sepas lo que haces, pues es un viaje, en el mejor de los casos, con un retorno lejano. Si logro llegar a la nave de salvamento, lo primero que haré será asearme. Luego la programaré y el calculador automático me traerá a la Tierra a una aceleración de 4 “g”, así es que tardaré menos tiempo. Pero antes de partir guardaré en la cueva la nave de madera para que quede en el futuro como testimonio del viaje que realicé. Hay un problema que no les he contado. Se encuentran colocados en algunos asteroides varios sensores de velocidad, ignoro los lugares exactos, que detectan velocidades mayores de 500,000 kilómetros por hora de objetos de más de un metro cúbico; en nuestra lejana civilización gracias a esos instrumentos detectan ese movimiento, si no es de ellos, investigarán qué otra civilización alcanzó ese grado de desarrollo. Así es que la maniobra de volver a la Tierra será rápida; desconozco como estará la situación política, tengo que llegar de sorpresa, por eso la prisa. Eso sí, pasaré primero por tu casa —me dijo viéndome— me estacionaré en el patio y sonaré un silbato de tren de vapor, será señal de que todo fue bien, un abrazo de despedida y de allí iré a casa de Alicia, me estacionaré en el parque y sonaré el silbato —vién-

dola le dijo— saldrás, subirás a la nave y partiremos a mi planeta en “Fase IV”. En menos de dos meses llegaremos.

Una semana después, le llamé y no contestó, me comuniqué con Alicia informándome ella que lo vería hasta el sábado. Tres días más lo localicé, lo encontré muy contento, me invitó a su casa, la primera pregunta fue:

—¿Dónde estuviste?

—Salí a probar la nave, estuve a unos 300 kilómetros de altura, se comportó perfectamente bien. Como estamos en julio me dirigí al polo sur para aprovechar el invierno austral. En un lugar solitario estacioné la nave, una nevada la cubrió y duré dos días con el fin de comprobar que la estructura, los pegamentos y las baterías resistieran las bajas temperaturas de menos 64 grados centígrados. Sufrí frío a pesar que funcionó el cobertor eléctrico. Todo se comportó bien pero tuve dos problemas.

—¿Qué pasó?

—Se congelaron los espejos de tal manera que al salir entre la nieve perdí uno y otro se dañó. En el viaje de retorno me descubrieron dos Phantoms de la Fuerza Aérea Chilena, volando sobre territorio de ellos en la Antártida, se me acercaron tanto, que pude ver la cara de uno de los pilotos por la claraboya derecha, me quisieron obligar a aterrizar, aceleré y los dejé atrás como si estuvieran parados, claro, esto me costó una chamuscada en el frente de la nave, el campo de fuerza no es térmico y el calor de la fricción fue excesivo. Ya no saldré hasta el viaje definitivo, no quiero gastar más energía.

Salimos a ver la nave, ya no estaba en la misma posición, ahora tenía el frente hacia la pared. El espejo lateral derecho arrancado, el izquierdo dañado, al frente ciertas partes quemadas. No supe qué pensar de lo que me contó.

Días después me encontré a Alicia, tomamos un café y comentamos sobre eso, ella me dio una copia de una nota aparecida días antes en El Universal, que por casualidad leyó, me asombré cuando la examiné: “OVNI de madera. Antártida Chilena. Dos pilotos de la Fuerza Aérea detectaron una nave de madera, de 6 metros de largo volando a 8,000 metros de altura. Cuando le hicieron señas para que descendiera, aceleró en forma impresionante, dejándolos atrás. El radar de la base en la Antártida detectó la extraña nave. No se tiene una explicación lógica a este hecho”. Me impactó también cuando veo la fecha de la nota, precisamente cuando Andrés nos dijo que estaba allá.

En la siguiente semana reparó la nave, los espejos en cada lado quedaron funcionando perfectamente y resanó la parte afectada por el calor, volvió a probar la nave con aire comprimido. Quedó muy satisfecho con la composición y le dio otra mano de recubrimiento plástico transparente, adentro y afuera.

A principios de agosto nos invitó a Alicia y a mí a ver su obra ya terminada, la nave estaba ahora otra vez, con el frente hacia el pequeño patio del taller, pintada totalmente de blanco ya no parecía de madera, sobresalían únicamente los espejos y tres paneles de celdas solares para cargar las baterías. Él se acercó a la nave y develó una manta a manera de cortina, apareciendo el nombre de Alicia en letras plateadas, ella se puso muy contenta por esa distinción y los dos le dimos un fuerte aplauso. Nos pasó al interior, ahora se veía “más seria” la cabina de mando. Sobre el tablero estaban cuatro relojes, dos acelerómetros, dos manómetros para la presión interna, dos termómetros interiores y otros dos que marcaban la temperatura externa, indicador de la carga de las baterías alimentadas por las

celdas solares, dos calculadoras de pilas y binoculares. Al lado derecho de la butaca una especie de escritorio donde estaban varias cartas astronómicas, otras dos calculadoras, cuadernos de notas y lápices. El traje de astronauta a la mano para una emergencia. Botiquín, baterías auxiliares, garrafones de agua, tanques auxiliares de oxígeno de material plástico, todo esto sujeto con cuerdas. Un cobertor eléctrico. Así como varios cables gruesos de fibra de henequén, me quedé viendo extrañado eso y Andrés comentó:

—Como pueden ver, algunos instrumentos van repetidos, no quiero jugar el riesgo de tener una falla. En cuanto a los cables de henequén, son para una emergencia, los probé en la Antártida y aún son manejables a bajas temperaturas, pudiera ser que algún meteorito haya golpeado con fuerza cerca del lugar donde está la nave. Europa no tiene atmósfera que amortigüe esos bólidos, en caso de un derrumbe, me ayudaría con los cables y la fuerza de mi embarcación,

—Piensas en todo, creo vas bien prevenido.

Le comenté y él nos dijo:

—Es lo mínimo en cuanto a seguridad, tengan en cuenta que voy solo, ni siquiera el consuelo de un equipo de comunicación.

—¿Por qué no llevar uno? —preguntó Alicia.

—Agregaría más metal y no tiene caso. ¿Quién me ayudaría?

Era notorio la falta de metales en la nave, fuera de los instrumentos y una navaja suiza. El alimento iría en empaques de plástico al alto vacío o congelados dentro de una hielera, ni una lata llevaría. Nos comentó en una ocasión que si tuviera un sistema de impulso más eficiente, se habría comprado un camión blindado, le haría

unas modificaciones y listo, pero claro, no sería tan romántica la aventura.

Dos días después me llamó Alicia alarmada en la mañana, la nave no estaba, fue a visitarlo, tocó y no contestó, entró a la casa (tenía llave) y se encontró un recado.

“Alicia: Partí a las 2 de la mañana del 15 de agosto, deberé de volver el 22 ó 23 de este mes. Espérame en tu casa, tendré escasos minutos para pasar por ti. Si no volviera, gracias por todo terrícola inolvidable. Saludos a nuestro amigo.

P.D. Si no aparezco en 14 días, ve a ver a mi abogado, él tiene un sobre, todo lo mío pasará a ti, y si tú vienes conmigo, a nuestro amigo. Cuiden de Blin.”

Alicia y yo a partir de ese momento estábamos en constante comunicación siguiendo el viaje de Andrés, pues nos dejó copia de su notas incluyendo, tiempo, distancias, aceleración y velocidades.

El miércoles 21 desayunamos juntos, ambos estábamos ansiosos y nerviosos. A pesar del itinerario que nos dejó, no podíamos saber cuánto tiempo tardaría en encontrar su nave, así como la maniobra de abordarla y dejar la nave de madera guardada en la cueva. Desde esa tarde Alicia ya no salió de su casa, aguardaba impaciente la hora de partida.

El jueves al mediodía empezó a llover y me quedé en la casa pensando “no tardará en llegar”, comunicándonos telefónicamente Alicia y yo, pero no había novedad.

Serían las tres de la madrugada del viernes cuando me despertó el silbato de una máquina de vapor en el patio de mi casa, a él le gustaba mucho ese tono, me levanté asustado y vi entre la fuerte lluvia la nave posada sobre el suelo, del tamaño de un autobús en forma de

torpedo, color blanca, ocupaba casi todo el patio. En pijama me acerqué, él salió y me dijo:

—Gracias por todo amigo, voy por Alicia, tengo el tiempo recortado. Cuida de Blin.

—Estábamos preocupados pues no aparecías.

—Tuve más problemas de los que pensaba para encontrar la nave. Ya son treinta y dos años que le dejé y la búsqueda fue a pura inspección visual.

Nos dimos un fuerte abrazo y sonriendo entró en la nave. Yo adormilado y aturdido no tuve ni tiempo de agradecer los bienes que me obsequiaba. Vi cómo se levantó la nave y se alejaba, empapado, pues la lluvia arreciaba, entré a la casa. Rápidamente me vestí y en medio de la tormenta salí en mi camioneta. La ciudad estaba solitaria, avanzaba entre las calles que parecían riachuelos, llegué a la casa de ella situada enfrente del parque. Aún los alcancé, la nave descansaba sobre el piso en la acera de enfrente. Me bajé de la camioneta, ella salía de su hogar con una bolsa grande colgada al hombro y una maleta en la mano, aún recuerdo que en medio de la fuerte lluvia aprovechando un relámpago prolongado vi su rostro feliz y leí en sus labios que me dijo “adiós”, la tormenta impidió oír su voz. Subió a la nave, ésta cerró su puerta, instantes después despegaba. Emocionado con la mano me despedía de ellos. Hasta que la luz de la nave desapareció en la noche, percibí la intensa lluvia y tuve frío.

He contado a conocidos y amigos que en Europa, satélite de Júpiter hay en una cueva escondida una nave del espacio de madera. Dejé de relatar esto porque me ponían una cara de incredulidad y de burla. Bueno, el hecho es que allá está.

GUILLERMO LAVÍN

La muchacha que sufría de tedio

Él recuerda cada momento.

Recuerda la forma sutil que tenía ella de mirar al poniente conforme la tarde languidecía y cómo torcía el cuello para que la cabellera de color tabaco escurriera por el hombro derecho y rozara el seno. Ella casi no se cortaba el pelo; a veces se sentaba en el primer escalón del umbral de la casa, para que su amiga Flora se lo despuntara. Algunas veces ella miró al frente y notó un movimiento leve entre las cortinas verdes que lo resguardaban. En esos momentos ella sonreía al niño que la miraba desde el ventanal del segundo piso, a veces de pie, a veces acostado boca abajo. Él recuerda esa sonrisa y le parece, aún ahora que han pasado tantos años, que era como un beso cargado con la frescura del viento huasteco que arribaba en punto de las seis de la tarde para despejar un poco el verano que se asentaba apenas amanecía. Ahora, todos los recuerdos se recrudecen. Es que un amigo la vio y quiso contarle, pero él no quiere saber más. Le basta el sonido de la risa que ella, Sonia, desbordaba con la frescura de los dieciséis años, cuando platicaba con la amiga, Flora, de más edad, pero no mucha, que se hospedaba en su casa. Por esos días, cuando andaba de buen humor, ella

le lanzaba un beso al vecino de enfrente y él, que apenas iba a la secundaria solo por primera vez, montado en una bicicleta roja con una flamante parrilla niquelada sobre la llanta trasera, rodada veinticuatro, se moría de vergüenza. A él le parecía que ella estaba enterada de que por las noches él se abrazaba a la almohada para imaginar lo que sentiría si tocara el muslo dorado que ella mostraba con poco pudor, ya sea con faldas más reducidas que un pañuelo o pantaloncillos de brevedad insólita. Eran los días en que la muchacha aún se ponía a estudiar: sacaba una silla a la banqueta, bajo el ala del techo, la recargaba en la pared rosada, se sentaba sosteniéndose sobre las patas traseras con tino de equilibrista y leía en voz alta con tono seguro. De cualquier modo, es obvio que a ella no le gustaba estar dentro de la casa, pues con cualquier pretexto sacaba una silla a la calle. De seguro la casa era poca cosa para ella: una procesión de cinco cuartos, incluida la cocina y el comedor. El baño se ubicada al fondo, después de cruzar el patiecito de tres por cuatro. Algunas veces él subió a la azotea del segundo piso y la miró entrar al baño. Subía con el temor a ser descubierto por su madre, pero con el corazón emocionado apretando la garganta. Se quedaba en el lugar, si veía que ella llevaba toalla, jabón y la botella de plástico verde del champú, pues el cuarto de baño eran en realidad dos cuartos juntos, separados por una pared, cada uno tenía una puerta que dejaba a la vista las partes superior e inferior, y desde la azotea él escuchaba el murmullo de su propia sangre mientras ella se enjabonaba el pecho y, aunque a la distancia no percibiera con fidelidad la forma ni los detalles, interpretaba cada sombra y cada movimiento con la partitura del amor a distancia. Alguna vez ella levantó la

mano enjabonada y sopló para lanzar una esfera al viento. Más tarde él imaginaría que era un beso con dedicatoria. Pero no. Intuía que para la muchacha, él era el niño de enfrente, un niño simpático, flacucho, muy serio, que la miraba con fijación, como se mira una fotografía colgada en la pared. La muchacha quería otras cosas más importantes que apreciar a un niño que la espiaba. Ella querría escuchar historias divertidas. O al menos así debía de ser, porque ella y Flora se hablaban con cuchicheos y se reían a carcajadas. Eran veranos felices. Como cuando las veía irse temprano en la mañana, con un morral de plástico de donde salían telas de colores chillantes. Ellas regresaban en la tarde, antes de que se pusiera el sol, con el pelo húmedo, descalzas, vestidas con aquellos pantaloncillos de mezclilla, rotos, cortos y viejos, y con una playera ajustada que no alcanzaba a ocultar el ombligo. Regresaban con una nueva piel: traían el sol incrustado en los brazos y la cara, en el cuello y en las piernas. Así eran ellas. Aunque Flora estaría borrada de su memoria, si no fuera por un fragmento del tiempo en que vivió en esa casa. La recuerda y todavía le duele: fue la tarde que ambas platicaban en la banqueta y miraban a la casa de enfrente. Flora se puso de pié y atravesó la calle. Él la vio venir y se llenó de angustia, pues supuso que le iban a reclamar por mirarlas tanto, pero no, no fue así, una Flora amable, casi seductora, le pidió el teléfono prestado y él le contestó *sí, claro, pásale, tómalo*, y se quedó cerca de ella, bebiendo una limonada con hielos. Flora marcó un número y se puso contenta cuando saludó a alguien. Flora insinuaba que quería salir a pasear en coche y se valía del nombre de Sonia. Decía que Sonia estaba muy aburrida y que esperaba que algún muchacho

guapo la invitara. Y decía otras cosas, como que tenían sed y se les antojaba un refresco. Algo dijo el sujeto del otro lado de la línea, que ella contestó con risas y diciendo *no cómo crees, si nosotras no tomamos cerveza*. Cuando colgó el auricular, le dio las gracias con una mirada feliz, como si se hubiera sacado la lotería. Apenas pasaron quince o veinte minutos para que apareciera un enorme *Charger* rojo tripulado por dos muchachos. Ni siquiera se bajaron del carro. Desde la ventanilla las invitaron y ellas rápido que se suben. Quizá fue la curiosidad o el orgullo dolido quien lo tuvo despierto, esperando a que volviera Sonia. El caso es que él, ahora lo recuerda. Como a la una de la mañana oyó el motor del *Charger* ronroneando y se asomó a la ventana. El carro estaba encendido y las dos parejas se besaban. Era evidente que no querían separarse. Luego se repitió una y otra vez, casi cada noche, el mismo espectáculo. Y llegaban más y más tarde. No se preocupaban por el tono de voz. Al contrario, era como si quisieran que todos en la cuadra se dieran cuenta de la borrachera y la desvelada. Un día el *Charger* ya no vino, pero empezaron a llegar otros carros, con otros muchachos, y ellas seguían saliendo. Así pasaron tres años que él recuerda como los años más tristes de su adolescencia. Una tarde se sintió tentado a detener aquella fuga cotidiana: estaba recostado en la sala, leía una revista de Superman, con la televisión encendida. Un amigo llegó a invitarlo al cine, pero se negó. *Me duele la cabeza*, pretextaba. *Tómame un Mejoral y vámonos*, insistió el amigo. La presión lo venció y se fueron juntos al cine Avenida, a ver una función doble de películas de Clint Eastwood.

A oscuras, subieron a la parte más alta, pertrechados con chocolates y palomitas de maíz. A mitad de la pro-

yección, a él le pareció escuchar una voz conocida. Era ella, sentada en la hilera inferior, como quien dice a sus pies, que le contaba a la vecina que estaba fastidiada de estudiar, que ya tenía diecinueve años y quería elegir su vida, no como su madre, la pobre, que batallaba con un hombre duro y hosco que jamás manifestaba amor y con tres hijos latosos, a pesar de haber estudiado la carrera de maestra. A ver, de qué le sirvió a mi madre, preguntaba, estar preparada, achicharrarse las pestañas con libros aburridos. Sonia tenía ya un mes de no asistir a la facultad. Quería vivir intensamente el resto de sus días. *Quiero conocer a los hombres* -afirmó-, *para escoger al que me convenga*. No quería aburrirse jamás. Y él, que estaba atrás, oyéndola, creyó que había llegado la oportunidad de su vida. Se imaginó conversando con ella para convencerla de que estaba equivocada, que se dejara de pendejadas, que en realidad sólo necesitaba enamorarse. Pero no se atrevió. Al salir del cine todavía pensaba que quizá más tarde, cuando disminuyera el abominable calor que se respiraba como si uno tuviera la cabeza metida en el horno, se animaría a entablar conversación. El caso es que nunca se atrevió a hablar con ella. Pocos años después, Flora, por su parte, terminó la carrera de Administración de Empresas, se casó casi de inmediato con un colega y se fue a vivir a Monterrey. Para entonces, en la casa de enfrente se hospedaba otra muchacha, aunque la pobre era bastante fea y gorda. Seguían la costumbre de sentarse en la banquetta. Además, Sonia se había vuelto impopular. Corrió la voz de que había atrapado una enfermedad venérea: *La Sonia está gonorriente*, chismorreaban en el patio de la preparatoria, y él ni cómo defenderla, si era testigo de los inagotables amoríos de la vecina. Las recuerda so-

las, sentadas en sillas de mimbre, echándose aire con un abanico de cartón, de los que regalaba la zapatería *Canadá*, con el rostro de Pedro Infante estampado. La mueca en sus labios, los hombros alzados, la cabeza de lado, las rodillas abiertas y, por encima de todo, los ojos abatidos, encubiertos con un rocío de cabellos mal peinados, denunciaban el más terrible hastío. Miraban a los conductores de los carros que transitaban, regalándoles un brillo efímero con los ojos, con la esperanza de que se detuvieran a invitarlas. Pero no, ya no interesaban a los jóvenes. Al menos eso le parecía a él, que al terminar la preparatoria se fue a tomar unas largas vacaciones a Matamoros, con unos primos, y cuando regresó para inscribirse en la Facultad de Derecho se enteró de que ella ya no vivía en la casa de enfrente. Según el chisme que le contaron en el tiendita de la esquina, Sonia estaba cada día de peor talante y peleaba mucho con su padre. Se rumoraba que el viejo padecía de malos humores, causados por el declive de su taller de herrería y por la esposa, al menos quince años más joven que él, en cuya cabeza bullía la idea de salir corriendo cualquier madrugada para no volver. Hay quienes dicen que la mamá alentaba a Sonia en sus correrías, que trataba de vivir a través de la hija lo que ella, casada y llena de hijos, no se atrevería nunca a hacer. El papá le gritaba, la regañaba en público y en alguna ocasión la llegó a correr de la casa, no más que Sonia no se fue. No, Sonia no tenía con quién irse, si no ni maletas se hubiera llevado. Tal parece que la presión hizo un efecto invertido, pues empezó a salir más, con todos los que pudiera. Ya no exigía que fueran muchachos con carro. Igual podían pasar por ella en automóvil que en bicicleta o a pié. El caso es que una noche no volvió a su casa.

Dicen que el padre la buscó en la policía y en los hospitales, sin encontrarla. Lo veían deambular por la calle Hidalgo, nervioso, asomándose a los negocios: entraba en las cafeterías y en los salones de belleza. Desesperado, llamó por teléfono a los hoteles para preguntar si se hospedaba ahí una muchacha que se llamaba de tal manera y que era morena clara y así de alta. Pero nada, ni una señal. Como a los seis meses, ella mandó a sus padres una carta sin remitente para informarles de su buena salud y de que vivía con un hombre que la quería mucho y que, aunque ahora vivían pobremente, iban a prosperar, porque él estaba juntando para comprar un camión. Era chofer de una compañía de mudanzas. Les pedía que no la buscaran, ella quería estar tranquila y vivir su vida. Les aseguraba que pronto tendrían noticias de ella y una dirección. De cualquier modo ella nunca regresó al barrio. Él, por su parte, dedicó un espacio de la memoria para ella y entró a estudiar a la universidad. De vez en cuando la recordaba, con cierto afecto, pero sobre todo con el cariño de aquel adolescente iluso que se conformaba con mirar. Y así habría seguido su vida, de no ser por su amigo que vino a traerle noticias de Sonia. Ahora todos los recuerdos se recrudecen porque él sabe que, con los años, aquellas manos suaves, blancas y delgadas que tejían trenzas en las tardes de sol aburrido, se fueron ajando. Le aparecieron cuarteaduras como al jabón viejo que alguien olvidó sobre un alféizar. Se lo platicó el amigo que compartió algunas tardes la vista de enfrente de la casa y que la vio recientemente en el supermercado. Dice que era ella. La reconoció por la forma almendrada de los ojos de miel y por el color del cabello, aunque ahora lo trae más corto y descuidado, con orzuela. Le dijo que

ella está gorda, calza chanclas, carga un huerco de unos dos años y jala a tres más de diversas edades, que no hacen mucho caso a los alaridos descomunales de la madre. Ya no usa aquellos pantaloncillos cortos, de mezclilla deslavada, con el dobladillo deshilachado; ahora usa un vestido floreado que le ajusta la cintura, resaltando las llantas, y oprime los senos hasta que desbordan el escote. Tiene la expresión de un militar que ha perdido la batalla más importante de su vida, entre amargada, triste y encabronada. Pero lo que realmente provoca pena son sus ojos. Ahora de veras están aburridos, con el hastío que da la desesperanza. A él no le consta, ni quiere volver a verla. Prefiere pensar en aquellos días memorables.

Publicado en *A Quien Corresponda*.#58
Octubre de 1996. pp. 4-6

ORLANDO ORTIZ

Deuda de honor

Pué que ustedes ni me lo crean, pero cuando vi entrar a Urbano Canales me latió que la cosa se iba a poner buena. Saludó llevándose la mano al sombrero y avanzó despacito hacia la mesa donde estaba echándome un pókar con el Chueco Treviño y el Bato Cantú. Desde atrás de la barra Dante siguió con la mirada a Urbano, y apenas lo vio sentarse con nosotros vino a traerle su cerveza, cacahuates y hartos limones.

Todo fue como muy en silencio, nomás se oía a los Jilguerillos Barranqueños darle al acordeón, la redova y el bajosexto con esa de “La malsentada”, que se habían aventado el buti de veces porque se las pedía Primitivo Cisneros, que andaba herido desde que una sanababicha le dio calabazas allá por Macalen.

—Le entro a la jugada —dijo Urbano de buenas a primeras, sin preguntar siquiera si podía.

Todos voltearon a vemos, esperando lo peor, y yo sin mirarlo siquiera le di cartas. Me llevé la partida y cuando estaba jalando el dinero:

—Afortunado en el juego, desafortunado en amores —comentó él.

—Ese es el consuelo de los perdedores —respondí.

El Chueco y el Bato se alzaron de la mesa; “que ya es muy tarde”, dijeron, pero nomás se arrimaron a la barra y pidieron otra cerveza, dejándonos solos a Urbano y a mí, que empezamos a jugar fuerte y casi sin hablar.

La cantina se fue silenciando poco a poco y la gente se acercó; hasta Primitivo, con todo y su borrachera, se sentó a la mesa nomás a ver, y le brillaban los ojos cada vez que se me malograba el juego. Los muy arrastrados se olían hacia dónde iba la cosa. En media hora, poco más o menos, Urbano me desplumó por completo.

—Va la buena, Martín.

—Ya no traigo con qué.

—Pero cómo no. Tú tienes algo que yo quiero, y si vine desde tan lejos fue para llevármela. No me gustó nadita eso de que cuando fui a buscarla me dijeran que tú te me habías adelantado.

—¿Y por qué me reclamas? La hice mía a lo derecho.

—Pero tú sabías que me gustaba, Martín, que la quería para mí y que por eso me fui a Járlinchen a juntar dinero.

—Andas errado, Urbano. También a mí me gustaba, y cuando te pelaste pal otro lado me afiqué que por allá te olvidarías de ella y te conseguirías otra, por eso...

—No seas afrentoso; si yo había dicho que volvería por ella, lo iba a cumplir.

—Entra en razón, carnal. Ultimadamente, si ahorita no fuera mía otro se la habría llevado.

—Pero da la casualidad de que no es de otro, sino tuya, y que te la juego contra lo que está aquí, que son muchos dólares.

—Eso no es nada, para mí vale mucho más, descontando que la quiero como no te imaginas.

—Me late que son habladas, pero... —de la bolsa de la chaqueta sacó otro fajo de dólares y los aventó sobre la mesa— le agrego esto. Todo lo que tengo, tú dices.

Una sonrisota muy carcaja se pintó en la jeta de Primitivo, que parecía estar pensando que ya me iba a ir igual que a él. En la cantina no se oía más que el runrruneo del aire acondicionado.

—¡A ver, jilgueríos, échense “El tahúr” —gritó Urbano— pa alegrar ésto un poco!

Quería ponerme en ridículo, así que le dije a Dante que sirviera las otras, trajera más botanas y de paso se jalara una baraja nueva.

A pesar de la música, que ya iba en eso de “él la convirtió en su esposa ante el altar del señor, era para él una rosa de su jardín bella flor”, se oyó un como resuello de la coyotada presente. Dante regresó con lo pedido y limpió muy bien la mesa. A mí de pronto me entró una confianza muy grande.

—Barájala, Urbano, y que Primitivo dé el juego. Abierto, si te parece.

—Vale, carnal. Pero que de una buena vez él baraje, corte y reparta.

Comenzó a dar las cartas y de entrada le tocó un cinco al otro y a mí un rey, que se convirtió en par cuando me dieron la carta cerrada. Luego Urbano abrió un joto y le dieron carta. Yo pedí abierta la tercera y me salió un ocho.

En eso entró un bato-loco a la cantina y Dante ni lo fumó, cuantimeno porque en ese momento el otro descubriría un cinco. Ya tenía su par, todos pensaron que me

estaba embrocando, así que abrí el rey y me dieron cerrado el cuarto naipe. Nomás le levanté la esquinita y vi que era un móndrigo tres, pero sonreí como si me hubiera tocado algo bueno. Urbano, como si nada, volteó su tercer cinco antes de que le dieran la última carta. Dejé tapado el tres y me dieron abierto ¡un rey! La gente cuchicheó y se puso más tirante la cosa, mientras los Jilguerillos iban en esa parte de “se oyeron dos fogonazos de dos balas expansivas, primero mató a su amada, después se quitó la vida”.

Se acabó la música.

Estaban pendientes de lo que iba a suceder.

Mi tercia era mayor que la suya y además ignoraban que no había más.

A Urbano podría haberle tocado otro joto, eso ni él lo sabía, porque no había mirado su carta, y completar el pókar estaba jijo, más cuando tenía atravesado ese joto que le salió casi de entrada, lo que es salación.

Como quien dice yo tenía ganado el juego, pero por aque-llo de no-te-entumas me convenía meterle miedo para obligarlo a retirarse. Porque si perdía no me iba a quedar más que entregársela, pues pa mí las deudas de juego son deudas de honor, así que no lo pensé más y me llevé la mano al cuadril. Se ciscó la infeliciada y asustados se echaron patrás, cuando me vieron sacar la 45 de pavón oscuro y con cachas de plata labrada.

—Lo convenido, más esto, si quieres ver mi juego. Urbano le dio un trago a la cerveza, se echó un puño de cacahuates al hocico y sacó su 38 especial, un mitigüeson.

—Pago, pues.

Me había fallado la maniobra. Se veía que de a deveras quería quitármela.

Destapé de un jalón mi tres y la gente ni se movió, todos estaban viendo a Urbano que se empujó la cerveza hasta el fondo antes de empezar a voltear, muy despacito, su última carta:

—Pókar de cincos, Martín. Es mía, te la gané.

Unos gritaron entusiasmados, otros nomás se rieron burlones; los músicos empezaron a tocar “El barrilito” y Dante se fue a servirles a los que ya estaban pidiendo tragos y chachalagueando de la partida.

Me metí las manos a las bolsas de la chaqueta y en la derecha, junto a las llaves de mi chante sentí la navaja de muelle y la apreté con fuerzas. Se me ocurrieron algunas locuras, pero.

Mientras Urbano alzaba de la mesa el dinero y las pistolas, le aventé con la izquierda las llaves:

—Ahí tienes, llévatela. Ya sabes dónde está.

—Me convino que fuera tuya primero. Ahora, recién pintadita, con sus llantas gordas y las franjas que le pusiste, me gusta más que antes, carnal. Esa troquita quedó de pocas.

—No le buygas, Urbano; llévatela de una vez y déjame en paz.

Le dio unos billetes a Dante y dijo que les invitaba el trago a todos. Luego salió de la cantina. Primitivo andaba baile y baile solo, haciendo que los Jilguerillos le tocaran una vez tras otra la de “El tahúr”. Yo estaba que se me podían tostar chiles en el lomo, pero me decía que nada habría ganado entregándole mi troquita con las llantas ponchadas.

Primitivo seguía bailando burlón.

Entonces saqué la navaja de muelle, hice saltar la hoja y... comencé a limpiarme la mugre de las uñas, para que

vieran que no me importaba nada lo que había pasado. Nomás a ustedes les digo la verdad, que sí me dolió perderla, y mucho.

Miscelánea cruel, 1998

CORO PERALES LAVÍN

El concierto

Venían los gatos. Todos. No me atrevo a decir que los del pueblo, pero sí los del barrio. Eran más de doscientos, una vez intenté contarlos. De diferentes clases, tamaños y colores, con pelambres y sin pelo, con pedigrí y sin papeles, enfermos y sanos, preñadas y con sus crías... venían todos. Sigilosos.

Con una coleta estirando su cabello hacia atrás, controlaba el abuelo su alborotada melena. Siempre me pareció que este peinado lo hacía verse más distinguido y moderno. Pero que no soplara la tramontana, porque él se transformaba... los ojos del viejo, abiertos y brillantes no miraban a ninguna parte y su pelo suelto se agitaba furioso por los aires.

Viento para él era sinónimo de violín. Y las melodías que arrancaba a su instrumento parecían lamentos de una pasión desesperada.

Ver el enorme patio de la casa lleno de gatos era espeluznante, me provocaba escalofríos. Se subían a las tapias, se trepaban por los árboles, se metían al invernadero, andaban por debajo y encima de las mesas del jardín, por las canchas de tenis, se ponían tumbados al lado de la piscina, y se sentaban correctos en las sillas. Así como iban llegando... se acomodaban.

Yo formaba parte del público, me instalaba en buen lugar antes que los mininos. Muchos ya me conocían, me saludaban ronroneando y repegando su lomo en mis piernas, y acto seguido como si me ignorasen. Otros se dejaban acariciar, pero los había ariscos, o juguetones, y misteriosos... Y todos, nomás comenzaba el viejo a tocar *II trillo del diavolo*, se sentaban correctos, con las orejas en posición de escucha atenta, y con sus ojos muy abiertos y brillantes mirando fijamente, como en trance hipnótico, al abuelo... o tal vez, al mismo *diavolo*.

El viejo tocaba con pasión moviendo su cuerpo, agitando su cabellera y echando las melodías al aire con esa fuerza que sólo los orates poseen.

El patio se llenaba de animales que se iban poniendo al final de los gatos: camaleones, tarántulas, urracas, tortugas, mariposas, gusanos y algún que otro perro guardián que, atento, observaba a los espectadores sin disfrutar realmente del espectáculo... o eso me parecía.

Y de pronto, cuando paraba el viento, mi abuelo recogía su cabello haciéndose la coleta y daba por terminado el concierto... El silencio llegaba al patio y los primeros en irse eran los que al último habían llegado, menos los perros que, disimulando, seguían en su guardia del orden...

Las tarántulas, los pájaros, camaleones y demás bichitos que atraídos por las melodías habían osado acercarse, se metían en sus covachas, corrían o volaban despavoridos antes de ser presa de cualquier sujeto o animal con hambre.

Y se iban todos... tan sigilosos como habían llegado.

—¿A dónde se va la música, abuelito?

—A donde se va la luz —me contestó.

—¿Y las palabras?

Entonces llegó la hora de recitar... comenzó con Octavio Paz y su Destino de poeta:

¿Palabras? Sí, de aire, / y en el aire perdidas. / Déjame que me pierda entre palabras, / déjame ser el aire en unos labios, / un soplo vagabundo sin contornos, / que el aire desvanece. /

También la luz en sí misma se pierde.

Mi abuela regresó de su visita a la iglesia y nos encontró conversando en el patio.

Una jarra de limonada y canapés fueron puestos en una mesa de jardín. Y ella, compartiendo amablemente con nosotros, dijo: —Esto es muy grande y puede haber ratones, ¿qué tal si adoptamos un gatito?

La mancha

A mi abuela le encantaba organizar saraos, ir al teatro, montar a caballo, jugar tenis... El quiquiriquí del gallo era su despertador y el comienzo de su actividad. Se levantaba gustosa para ir a la misa y a su regreso ordenaba todo, disponiendo, mandando; subía y bajaba, salía... Moviéndose siempre con la agilidad de una joven moza que, a veces, ponía a mi abuelo de nervios.

“Es que no me alcanza el tiempo”, decía ella, sin dejar de hacer algo. Lo que fuera. Regar las plantas o tocar el piano. Sus manos nunca estaban quietas. Una vez la descubrimos que, dormida, tejía un jersey.

El abuelo meditaba, sentado y silencioso, con la mirada fija en una mancha dibujada en el techo de la sala. Parecía transportado a otra época. Completamente lejano del ruido y de la actividad de su entorno.

—Ya han pasado dos meses y parece que fue ayer cuando festejábamos aquí mismo con los primos —le dije.

—Sabia virtud de conocer el tiempo... —me respondió.

Me senté en el sillón y me uní a la contemplación del viejo. Comencé a encontrar formas en la mancha del

techo. Primero distinguí una cara de hombre barbudo, luego ese rostro se transformó en una naricilla pecosa que acto seguido fue un perro con colmillos que rápidamente se convirtieron en un par de ojos gatunos que se difuminaron hasta parecerme todo unas olas de mar en movimiento...

—En el espacio nos movemos hacia cualquier dirección. Observa a la abuela —me dijo.

Y la miré: esbelta; falda larga; collar de perlas y arracadas; pelo cano, recogido en un moño. En esos momentos tenía el teléfono entre la oreja y el hombro; en una mano, un cucharón; en la otra, el encendedor de la estufa; caminaba alrededor de la mesa; removía comida en un recipiente; a la vez que hablaba por su inalámbrico, asentía o negaba con la cabeza a la cocinera que algo le decía, y daba probaditas a un guisado... No paraba de gesticular y moverse.

Volví a la mancha del techo.

—Abuelo, ¿cómo hago para viajar al futuro? Quisiera saltarme algunos días y volver al presente después de los exámenes...

—No puedes hacer esos saltos en el tiempo. Aún —me dijo, y agregó—: Sin embargo viajamos en el tiempo todo el tiempo, sin parar, a una velocidad de segundo por segundo en una corriente poderosa que nos empuja al futuro, sin tregua. Lo único que tienes que hacer es, como dijo Renato Leduc que dice el refrán, dar tiempo al tiempo...

—Y estudiar, abuelito, no me queda otra salida... todavía estoy a tiempo.

—En el universo de Newton el viaje en el tiempo era imposible. En el de Einstein, se ha convertido en una posibilidad real —concluyó.

Y los dos mirando al techo continuamos dándole a la imaginación, sacando formas y figuras de la mancha... hasta que, de pronto, escuché la voz del abuelo:

AQUÍ SE HABLA DEL TIEMPO PERDIDO /
QUE, COMO DICE EL DICHO, / LOS SANTOS LO
LLORAN

*Sabia virtud de conocer el tiempo; / a tiempo amar y des-
atarse a tiempo; / como dice el refrán: dar tiempo al tiempo... /
que de amor y dolor alivia el tiempo.*

*Aquel amor a quien amé a destiempo / martirizóme tanto y
tanto tiempo / que no sentí jamás correr el tiempo, / tan acremente
como en ese tiempo.*

*Amar queriendo como en otro tiempo / —ignoraba yo aún
que el tiempo es oro— / cuánto tiempo perdí —ay— cuánto tiempo.*

*Y hoy que de amores ya no tengo tiempo, / amor de aquellos
tiempos, cómo añoro / la dicha inicua de perder el tiempo...*

Luego, llegó de nuevo el silencio y la mancha. No sabría calcular por cuánto tiempo...

MARCOS RODRÍGUEZ LEIJA

Bon appetit

Cuatro paredes salitrosas encierran la humedad y un cuerpo flaco que amortiguan los resortes de un colchón agujereado y apestoso a orín.

Hay moscas que lo deleitan con un concierto de zumbidos. Bebe el último trago de cerveza abandonada en un rincón desde hace una semana. Saborea residuos mohosos que hay en el fondo de una lata con carne para perros. Canta una canción de cuna y arrulla entre brazos a un cachorro tieso, con el hocico abierto, ya sin lengua. El hombre enciende una vieja parrilla eléctrica de donde salen cucarachas, empuña un cuchillo y una sonrisa curva sus labios al aproximarse hacia la cama, donde reposa el cuerpo putrefacto de su esposa.

Caín

Un aullido de muerte se confundía entre el lejano ladrar de perros.

Caín corría con desesperación por el bosque. El fantasma del temor se posesionaba de su joven alma a cada paso que daba.

La incertidumbre le apresuraba cada vez más las piernas. Iba escondiéndose entre la oscuridad que proyectaban los árboles con la medianía del alba.

Se deslizaba como una liebre que trata de escapar de un lobo hambriento de Luna llena. Como eludiendo a un cazador salvaje que ansía capturar a su primera presa, para sacarle el corazón y bautizarse con su sangre caliente, para luego beberla sobre su cuerpo.

Caín llevaba la cara pálida de miedo, parecía haber visto el diablo, pero no creía en él, como tampoco creía en Dios.

Tenía apenas seis años, hipotéticamente le quedaba mucho tiempo por vivir y por aprender un sin fin de cosas más que todavía no sabía, pero en ese instante la angustia no le permitía pensar en ello. El miedo a lo desconocido lo obligaba a correr desenfrenadamente, intentando poner distancia de por medio con quien deseaba asesinarlo.

Por su mente pasaba la imagen de su madre bañada de sangre, convulsionándose en el suelo al igual que su padre. Seguía escuchando en sus oídos los horribles gritos de dolor. Le retumbaban en la cabeza como si fueran cristales molidos, pero a pesar de ello, continuaba en su carrera sin rumbo fijo, como un demente. Tenía un nudo en la garganta que le impedía gritar o pedir auxilio.

Caín no conocía el llanto. No conocía a nadie más. No sabía dónde buscar ayuda, estaba solo, sin nadie que pudiera protegerlo, sin saber a quién decirle que había visto cómo asesinaban a sus padres. Estaba indefenso. Material y totalmente indefenso.

No pudo evitar aquel hecho tan perverso y prefirió huir antes de ser la próxima víctima. Tenía miedo de caer en las garras de la muerte.

Le era imposible borrar de su mente el momento en que allanaron su hogar aquellos seres que reflejaban furia en sus rostros y llevaban también consigo la sed de venganza. Él no sabía por qué, su edad aún no le permitía comprender el motivo por el cual obraron de esa manera tan cruel y despiadada, dejándolo huérfano y desamparado.

Cansado en su búsqueda frenética por encontrar algún refugio, llegó hasta donde estaba una laguna y ahí se detuvo. No sabía nadar. Dudó por un momento si lanzarse al agua o esperar a que la muerte despiadada cayera sobre él, pero después de un instante, sintió tranquilidad al ver que nadie lo seguía.

Se sentó junto al estanque y algo extraño, algo que jamás había visto, llamó su atención. Estaba presenciando todo un acontecimiento que le era agradable. Un pe-

queño ciervo con un cuerno en la frente estaba junto a él. Caín lo observaba detenidamente.

Le sorprendía el reflejo del animal en el estanque, más al ver que la imagen del ciervo se movía y adquiriría distintas expresiones cuando bebía agua.

El pequeño quiso hacer lo mismo. Se agachó e inclinó su rostro para beber el agua del estanque. Al hacerlo sintió quemarle la garganta. Tenía sed de algo más. Una sed que el agua era imposible de saciar y que no alcanzaba a precisar. No le dio importancia, lo que quería en ese momento era tan sólo poder contemplar su rostro, con comprensible manía narcisista y quizá inocentemente jugar a deformarlo, como lo hacía el animal.

En ese instante, el amanecer abrió los ojos. Un día más llegaba, dejando atrás todos los temores que transmite la noche.

En eso, el cuerpo del pequeño empezó a convulsionarse, se llevó las manos al cuello.

Sentía asfixiarse, le era imposible respirar. Un ardor insoportable empezaba en su garganta para recorrerle todo el cuerpo.

Caín cayó al agua, pero no murió ahogado. Jamás comprendió porqué mataron a sus padres. No alcanzó a entender su verdadera naturaleza. Ni el porqué nunca pudo ver su reflejo en la laguna, ni comprender la perenne insistencia de sus padres al conminarlo a dormir antes que saliera el sol.

ALTAÍR TEJEDA DE TAMEZ

La recolectora del tiempo

Yo no supe cuándo llegó al barrio. Ocupó una pequeña casa que estaba en renta y que constaba sólo de dos habitaciones. Ella era una mujer de edad infalible y de apariencia fuera de lo común, como si perteneciera a otro tiempo. Todos los días salía de su casa muy temprano y regresaba al anochecer.

Contaba la gente que ella frecuentaba los lugares más disímolos, pues tan pronto estaba una elegante residencia, donde entre charla y charla se tomaba café, como en la casa más modesta en donde durante toda la tarde las personas no se desprendían de la televisión. De igual manera se le había visto en cantinas y salones de billar, o, simplemente, sentada en las bancas de los parques a donde la gente iba a tomar el fresco. No obstante, otros aseguraban haberla visto cambiando palabras con gente muy ocupada, pero sólo por breves momentos.

Decían que a veces llamaban urgentes entregadas por medio de papelitos que eran introducidos bajo su puerta y que ella leía al regresar de sus diarias correrías.

El barrio se hacía mil conjeturas: ¿dónde comía?, ¿tenía familia?, ¿de qué vivía?... pues jamás se vio persona alguna que la visitase o compartiera su vida. Ella, parca

en sus palabras, continuaba su existencia singular, alejada de los vecinos, respetándose y haciéndose respetar.

Y sucedió que un día me amontonó el trabajo. Escribía yo en la máquina durante el día y le seguía por la noche, pues se trataba de algo urgente que debía entregar en un plazo demasiado corto. A ratos, la fatiga me rendía y descansaba sólo una hora, para seguir después con pena, por cierto, pues me parecía que el ruido de la máquina molestaba a los vecinos e interrumpía su sueño. En una de esas pausas escuché unos golpecitos dados con discreción a mi puerta y fui a ver quién era. Me asomé con cuidado y vi a la señora parada en la acera. Supuse que algo le ocurría y abrí de inmediato. Ella entró con cautela.

—¿Qué le sucede? —me preguntó— durante varias noches le he escuchado trabajar.

—Es que se trata de algo urgente —le dije—, mañana debo entregar estos libretos muy temprano y mire nada más —y le señalé la pila de papeles.

—¿Cuánto tiempo cree que le llevara acabar eso? —me preguntó.

—De menos cinco horas, pero no voy a poder dormir nada y ya estoy muy fatigada.

Entonces, ella sacó de su bolso cinco redondas y hermosas horas que de inmediato se metieron al reloj de mi buró y movieron las manecillas hacia atrás, dándome el tiempo justo que yo necesitaba. Me quedé estupefacta.

—¿Cómo le hizo? —pregunté asombrada.

—Oh, no es nada. Es mi oficio. Recorro todos los lugares en donde el tiempo se desperdicia y yo lo recojo para proporcionarlo a personas que lo necesitan.

—Y... ¿debo pagarle algo?

—Por supuesto que no. Soy feliz con este trabajo y a mí no me falta dinero para vivir. Ahora me voy, porque con la charla, ya hemos perdido quince minutos que a usted le harían falta –salió de mi casa sin despedirse y entró en la suya.

Por la mañana, fresca y descansada llevé mi trabajo a la oficina y al pasar por su casa la vi cerrada con candado, lo que significaba que mi benefactora ya había salido a hacer su diario recorrido.

JOSÉ LUIS VELARDE

Los crímenes que conmovieron al mundo

La tecnología engendra ruptura, la falta de ella también.

El Libro de las Desapariciones

Este texto se publicó en el número 88 de la revista *A Quién*

Corresponda, correspondiente a junio de 1999.

Las ranuras en la parte superior del cráneo, se popularizaron en la quinta década del Siglo XXI, cuando se volvieron un requisito indispensable para los alumnos de nivel básico. Esta disposición redujo el número de maestros, acabó con el sindicalismo del gremio y las escuelas fueron adaptadas como viviendas de interés público. El Estado Autárquico que regía el destino de los habitantes de la Tierra, absorbió el costo de los implantes. La operación quirúrgica no era muy cara, se infectaba de vez en cuando y no dejaba marcas demasiado notorias en el hueso frontal. Los conectores de 32 pins nunca excedieron el tamaño de una estampilla, aunque tales dimensiones a veces ocasionaran dificultad para implantar un chip sin la ayuda de un espejo. Desde el 2056, los niños recibían el chip correspondiente a su grado académico y trabajaban en aulas virtuales sin salir de casa. Las ranuras también se difundieron entre el resto de la po-

blación que los usó por disposiciones laborales encaminadas a mejorar la eficiencia, o por simple placer. Los usuarios acostumbraban disimular todo rastro de enchufe con el cabello o cualquier accesorio de moda, aunque algunos excéntricos los evidenciaban al raparse y al añadir tatuajes ridículos en los bordes. No faltaba quien añadiera extensiones terminadas en puntas de flecha, relámpagos de lámina o imitaciones de viejos pararrayos y veletas.

El ciudadano medio disponía en el 2075 de incontables opciones, marcas y títulos que incluían películas clásicas, juegos de combate, intercambio sexual, sueños virtuales que transfiguraban los deseos más recónditos del usuario en aventuras placenteras o sadomasoquistas de acuerdo a la posibilidad elegida, conciertos, incursiones en paisajes extintos o soles de cualquier galaxia. No escaseaban las cacerías, las carreras de naves espaciales, las ofertas del deporte y las propuestas académicas que ofrecían licenciaturas, maestrías y doctorados; aunque entre estas últimas prevalecieran las estafas que propiciaron una legión de ignorantes desempleados al ser instruidos con sistemas deficientes.

Los catálogos eran infinitos. La educación, la tecnología, las ciencias teóricas, la historia, el placer, el esparcimiento, toda posibilidad, toda posible demanda y cada necesidad de los hombres era atendida por los proveedores con ofertas multiplicadas de acuerdo al gusto más excéntrico y al nivel de calidad pagado por los usuarios.

El desarrollo era una realidad, pero el índice de población y los niveles de bienestar comenzaron a descender.

Las estadísticas mostraron un incremento en la tasa de suicidios inexplicables para los teóricos de un sistema empeñado en fundamentar la realidad en los universos virtuales de las nuevas tecnologías. Era común que los niños se cortaran las venas ante las exigencias de los juegos interactivos donde era imposible obtener la victoria. Mujeres y hombres murieron entre la multiplicidad de los orgasmos obtenidos en los rincones del cerebro donde las hormonas eran estimuladas con excesos mortales hasta agotar el corazón. El hambre también contribuyó a disminuir el número de usuarios de los chips al extenderse los casos de las personas que obsesionadas por los universos míticos a su alcance olvidaban comer o dormir. Otros muchos murieron al estallar los chips de procedencia indeterminada y sin aval prestigioso en llamaradas que parecían producidas por una fuente divina. Un sobreviviente milagroso de un accidente de esta naturaleza declaró: *“La luz estaba en todas partes como si el fuego se extendiera ante los ojos y dentro de los pensamientos”*.

La muerte no sólo se daba como producto de las obsesiones propiciadas por el auge de la *astrociología*; seudociencia tan difundida por los medios de comunicación que terminó volviéndose carrera universitaria.

La muerte se manifestaba en todos los ámbitos de maneras nuevas. Cada día podían saberse los conteos exactos que referían los nombres, edades y ocupación de los incontables difuntos. Los avances tecnológicos no eran capaces de plantear soluciones que detuvieran la excesiva mortandad. Las calles mostraban las huellas de los combates cotidianos librados por los piratas tecnológicos, los comerciantes no establecidos y los contrabandistas enfrentados a las fuerzas policíacas, siempre reforzadas por

mercenarios contratados por las compañías productoras de chips. Incontables inocentes murieron por la mala puntería de los combatientes, el estallido de las bombas de neutrones destinadas a destruir los centros de fabricación no autorizados, o por ser confundidos con delincuentes o agentes del orden.

Otra fuente de víctimas mortales fue la oleada de accidentes ocurridos en los medios de transporte. Abundaban las distracciones de los conductores de vehículos terrestres, náuticos, aéreos o interespaciales, más atentos a las innovaciones cibernéticas de sus chips personales que a la correcta operación de sus vehículos.

Muchos murieron al ser asaltados para ser despojados de tarjetas de crédito o dinero en efectivo, sólo por mirar chips de altos precios en las vidrieras de los centros comerciales o en los catálogos que mostraban no pocas paredes citadinas. Los asaltantes suponían que se trataba de millonarios y a veces eran decepcionados por la cartera vacía de algún miserable voyeurista que sólo se había atrevido a mirar un producto que le resultaba inaccesible. En algunos casos, la sangre de los bandoleros humedeció las calles al ser sorprendidos por los guardaespaldas de los millonarios auténticos.

El desarrollo de los chips propició el declive de muchas ocupaciones hasta entonces consideradas prestigiosas.

Los desempleados que incluían nombres connotados del deporte, las artes plásticas, el gobierno, los medios de comunicación, el ballet, la literatura, el sacerdocio y la farándula formaron bandas terribles que no podían mantenerse al margen del público que durante tantos años les había permitido vivir con holgura o, por lo menos,

contar con una audiencia que les resultaba imprescindible. Estos grupos acostumbraban capturar rehenes a los que forzaban a presenciar, de acuerdo a las características predominantes entre la pandilla de secuestradores de turno, encuentros deportivos, obras teatrales, conciertos, sermones religiosos, presentaciones de libros, noticieros, discursos políticos, óperas italianas y espectáculos circenses sin chip de por medio. Estas sesiones se prolongaban hasta la muerte del público por hambre, indiferencia o aburrimiento, aunque hubo ocasiones en que los prisioneros lograron emanciparse de sus secuestradores.

Una historia clásica de la época, narra que una audiencia condenada a atestiguar una pésima representación de *Hamlet*, obtuvo la libertad cerca de Ciudad Victoria. Aquella turba mató a los delincuentes brindándoles rechiflas e insultos sin fin. Los actores murieron de pena más que por el cansancio causado por el partido de fútbol que tuvieron que disputar durante tres días y tres noches sin pausa alguna.

La muerte también causó bajas entre la población alejada de los grandes centros urbanos. Los chips fueron llevados a todos los rincones de la Tierra mediante los mercaderes ambulantes, los gitanos y los misioneros de la Orden de la Tarjeta Madre, que pregonaban que toda realidad es virtual. Sería farragoso abundar sobre las defunciones acaecidas en tales ámbitos por la similitud mostrada con algunos ejemplos ya expuestos, sin embargo, la proximidad de la naturaleza ofreció una que otra posibilidad nueva a la muerte. El escritor Holocanto Severo, autor de *El Libro de las Desapariciones*, refiere con

precisión de metrónomo... *la candidez mostrada por algunos seres humanos, al enfrentarse con el futuro, los hizo decaer de prisa, entre estertores virginales, aunque la violencia y las muertes no decrecieron; podría decirse que alcanzaron destellos imaginativos excepcionales, como en el caso del nómada africano que al obtener una ranura y un estudio académico que mostraba la vida en el Polo Norte; murió congelado en pleno verano ecuatorial. Es memorable y digno de estudios más profundos el suicidio colectivo de doscientos monjes birmanos tras descubrir en un chip compartido que Dios no era otra cosa que un holograma generado por un ordenador.*

También resulta conmovedora la historia del propio Holocanto que tras quince años dedicados a concebir, investigar y redactar la que consideraba su obra cumbre, desperdició otros diez sin encontrar una editorial interesada en publicar *El Libro de las Desapariciones*. El autor dejó de existir poco después del décimo aniversario de su búsqueda inútil cuando recitaba, con voz atronadora, un pasaje de su libro en un mercado de Lisboa. Fue muerto por un húngaro, Cedrán Balukán, que no estuvo de acuerdo con algunas opiniones escuchadas por accidente, pues de no haberse descompuesto el chip que lo llevaba en un paseo astronómico, nunca hubiera prestado atención al tipo barbado que agitaba las manos como un ave enorme imposibilitada de despegar.

El asesino escapó con el libro entre sus manos. No se percató del robo hasta que se encontró frente al estuario del Tajo. Un aroma salobre impregnaba el atardecer en que Belakún comenzó a leer con paciencia infinita cada una de las historias recopiladas por Holocanto.

La policía descubrió el cadáver del húngaro una semana después.

Las investigaciones no encontraron razón lógica que explicara la muerte. El libro no estaba envenenado. La gente que comenzaba a desconfiar de los chips hizo correr el rumor de que había muerto de tristeza al leer la infinita relación de muertes apenas esbozada en este diario. Su historia no fue consignada en el *Libro de las Desapariciones*, impreso y publicado con éxito al cumplirse un año del deceso del autor.

El lanzamiento editorial incluye un chip donde uno puede vivir en carne propia cada una de las desapariciones narradas con realismo inhumano y se ha convertido en un best-seller entre los sobrevivientes del holocausto que parece infinito.

EDUARDO VILLEGAS GUEVARA

El juego de los gusanos

Ahora les contaré cómo fue que viví, no sé cuánto tiempo, enclaustrado en la línea de un círculo, condenado a las noches de insomnio y a sufrir la falta de apetito. Tuve que encaramarme en la ceguera momentánea y también lloré porque las caricias se me pudrían en las yemas de los dedos sin que pudiera dárselas a mi compañera, puesto que la había perdido. (Oh, Laura, cuántos besos se me suicidaron en los labios.) Viví un sinfín de situaciones que apenas ahora voy abandonando, como costras secas cayendo de una vieja herida.

Todos dicen que los juegos son hermosos, pero ya quisiera oírlos decir lo mismo si tuvieran el papel de ser el juguete. Ésta era mi parte en el juego de los gusanos. Y no estoy hablando metafóricamente; en efecto, estos animales invadieron mi vida desde... En realidad no sé desde cuándo. Si alguno de ustedes está interesado en las fechas, le suplico haga sus cálculos al tanteo porque mis nociones en cuanto al tiempo, con seguridad, son erróneas. Posiblemente todo empezó con la ausencia de mis progenitores.

Quiero suplicarles que pongan mucha atención en este punto: digo posiblemente porque no quisiera que mis afirmaciones fueran tomadas al pie de la letra. Mis

padres, desde siempre, añoraban la humedad de la tierra. El viejo leía el periódico con medio rostro enterrado en el césped. Mamá aprovechaba las mañanas para acariciar con sus mejillas las macetas de barro que adornaban las azotehuelas de la casa. Un día se despidieron de mí y, después de los ceremoniales debidos, entraron tomados del brazo al corazón de la tierra. En ese entonces contaba con un empleo en una oficina de regular ambiente. Al heredar la casa de mis padres habité la primera parte de la mansión, la que da al frente, casi al ras de la calle. La otra parte de la construcción era habitada, muy de vez en cuando, por el espíritu de mi madre que venía a sacudir el polvo de las cortinas y a echarle agua a sus macetas.

Sean como sean de equivocados mis recuerdos de aquella época, la cuestión es que ya había empezado todo. Quizá por eso mis padres decidieron ausentarse. Ya presentían la invasión de gusanos y no quisieron hacerles frente por extrañas y calladas razones que no me interesé en averiguar y que ahora no quiero inventarles.

En principio, claro está, nadie se alarmaría si una mañana alguien se levanta y, al momento de vestirse, el viento viene volando y sonando de una manera no acostumbrada. La tarde anterior Laura me había hecho notar esa anormalidad: estábamos haciendo el amor cuando, de repente, se enderezó y me dijo espérate. Yo esperé. ¿No escuchas algo raro?, me preguntó y me puse a escuchar, después le contesté que no. En realidad mis oídos sí percibían un sonido, pero lo relacioné con otra cosa.

Pero sigamos adelante. Si uno escucha aquel sonido en el viento por primera vez en ese día, no le da importancia. Lo que uno hace es arreglarse por completo y salir a la calle. Desayunar en algún lugar cercano al trabajo

para después ir a cumplir con las obligaciones del empleo. Digamos que los indicios pueden pasar inadvertidos un día, o dos, o hasta tres. Las mañanas no son distintas, aunque uno se entere de que el viento suena de una manera no original. Pero, pongamos como ejemplo, en la noche del tercer día uno llega a casa, después de salir del trabajo y de cenar fuera, como es nuestra costumbre. Uno decide ponerse la pijama, meterse en la cama y leer unas cuantas páginas de un libro antes de dormir. Lo anterior como precaución para que la cena se asiente en el estómago y nuestros sueños sean tranquilos. Uno está cansado, sobre todo de las piernas, y después de iniciar la lectura de una novela policiaca, somos interrumpidos por el viento, que ya tiene varias horas sonando de modo poco usual. Pero no sólo es el viento la única diferencia, sino que algo en el espacio también nos llama la atención, pues en el lugar se percibe ahora, digámoslo con todas sus letras, un olor a amoníaco.

Entonces nuestros sentidos se alteran y comenzamos a decirnos aquí está pasando algo raro. La opinión final en nuestro consenso mental acerca de los fenómenos ocurridos es: tengo que investigar. Pero resulta que uno llegó cansado a la casa, que ya no hay restos de energía para iniciar más acciones por ese día. Entonces optamos por ser más sensatos, abandonamos la novela policiaca sobre nuestra cabecera, estiramos nuestros músculos a lo largo de la cama antes de jalar la cadenilla que nos dejará a oscuras en el cuarto, pues con ese tirón cortamos el flujo de la corriente eléctrica que hacía funcionar nuestra lámpara de cabecera. Diez segundos después, uno ya está durmiendo, nuestro cuerpo se encuentra perdido entre las cobijas y el cansancio. ¿Y al día siguiente qué pasará?

Al día siguiente, cuando las brumas del cerebro se retiran muy de mañana, uno hace esfuerzos por abrir los ojos. Cuando los párpados han sido levantados y las pupilas se llenan de luz, uno recuerda los últimos pensamientos de la noche anterior. No cabe otra posibilidad, debido a la nitidez con que se presentan las circunstancias uno se pone de pie y no piensa en peinarse, ni tiene deseos de lavarse la boca, ni espera quitarse la pijama, pues el sonido desacostumbrado del viento y el mal olor del cielo, no permiten distraerse en las innumerables cosas de nuestra rutina doméstica. Entonces uno se asoma al patio de la vivienda o, incluso, inspecciona un poco más allá. Salir por la puerta y estar un rato con la mirada serpenteando por los espacios. Hasta dejar que el reloj interrumpa la inspección y nos haga saber que es hora de salir a la calle. En ese momento, decidimos ducharnos. Quizá tengamos la necesidad de quitarnos el bigote frente al espejo, comenzamos y cuando nos damos la última pasada con el rastrillo, las fosas nasales quedan libres y es posible percibir con mayor fineza ese olor que, a lo largo de tres días, se ha ido agudizando: el amoníaco. Claro, uno comienza a recordar las palabras de nuestra compañera, que también nos había hecho ver estas cosas. Y pensar que más tarde la perderemos por culpa de nuestra desidia.

A partir de ahí ya todo es asunto del olfato que nos hace salir del baño para dirigirnos a la cocina, y enseguida a la sala, pasando por el pequeño comedor sin descubrir nada; entonces regresamos a la recámara, donde no se nos ocurrió buscar desde un principio, nos agachamos para mirar bajo la cama y no hay nada sospechoso. Inspeccionamos a lo largo y ancho del techo y tampoco hay

novedad. Las paredes de la habitación están libres de toda culpa. Nos sentimos un tanto frustrados o desconcertados, según el carácter de cada quien, pues la búsqueda iniciada no dio resultados positivos. Y ya es hora de irnos. Hemos quedado sin tiempo para desayunar. Nos iremos con el estómago vacío a la oficina nuestra de cada día.

En medio minuto nos resignamos. Abrimos un cajón del buró y sacamos la ropa interior que hemos de vestir ese día. Nos acercamos al closet de madera enlataada, que ocupa toda una pared de la recámara, para extraer el traje que vestiremos durante los dos días siguientes y, en cuanto abrimos una de sus puertas, una ráfaga de mal olor nos sorprende. Y entendemos al cielo y explicamos al viento que tenía varias horas produciendo un sonido desalentador. Al correr los ganchos, con todo y ropa, nuestra mirada ha descubierto la causa de todo: en un rincón del mueble está un nido de gusanos.

Uno se alegra y se felicita por el suceso, pues se tiene conocimiento de las circunstancias. Todo es cuestión de ir por una pala, una bolsa de plástico donde echar la madeja de engendros y esperar a que pase el camión recolector de basura para librarnos de la invasión, pero el tiempo limitado nos hace brindar oportunidades a los gusanos, pues estamos ante la premura de irnos al trabajo o de comenzar a desalojar a los invasores. Vencidos por nuestro sentido del deber, optamos por lo primero. Agarramos la ropa, nos vestimos y echamos a andar con rapidez para checar tarjeta antes del retardo, dejando la misión de deshacernos de los gusanos para cuando regresemos en la tarde. Mientras ellos, en el nido, sonrientes se reproducen, aprovechan cada instante para hacernos la vida

de cuadritos, de cuadritos, únicamente y exclusivamente, de cuadritos.

Así empezó el juego de los gusanos. Mientras estuvo fuera de casa ellos aprovecharon cada instante para tomar las mejores posiciones. Cada una de sus tácticas estaban pensadas con gran precisión. El contrincante no podía ganar una sola jugada, y lo que era peor es que no había manera de rehusarse a jugar. No pudo concentrarse en sus labores, era evidente que algo le preocupaba. Cuando por fin salió del trabajo, decidió encerrarse en cualquier lugar y trató de no volver a casa de momento. Terminó borracho en las últimas horas de la madrugada y aún no tenía ganas de volver a casa.

Quiso dormirse en la banca de un parque público, pero enseguida llegó un vigilante y, con unos cuantos golpes de la porra sobre su espalda, le suplicó que, en vista de que nadie tenía derecho de dormir en ese sitio, se fuera a un orfanato o a su casa, si de casualidad tenía, de lo contrario sería echado a uno de esos camiones que recogen a los seres sin dueños, tanto si se trata de perros y gatos, como de ancianos decrepitos y cadáveres sin un pedazo de tierra donde pudrirse. El vigilante tenía toda la razón y esto le ayudó a que no consintiera en su cuerpo tanto pesimismo. Enfiló rumbo a su casa pensando que podría pedir ayuda a la mañana siguiente. Total, una noche de sacrificios no era nada, pues al amanecer se presentaría la ocasión de echarlos fuera. Sí, eso era lo que tendría que hacer; en primer lugar llegar a casa y eso fue precisamente lo que hiciste.

Llegaste a la casa, con los brazos metidos entre los sobacos, pues ya el frío comenzaba a humillarte. A esas horas los gusanos estaban durmiendo, mientras tú ape-

nas llegabas a descansar, con media borrachera encima y todo un día de trabajo, el último de la semana. No sucedió nada raro al entrar a casa. La llave abrió con mayor naturalidad el cerrojo. Tus pisadas fueron dignas de un fantasma. De mala gana aventaste el saco a un rincón del cuarto. Deshiciste el nudo de la corbata y al quitártela la arrojaste en la misma dirección. Caminaste buscando la cama y te perdiste en ronroneos extraños, en gruñidos y chasquidos de boca, pues no la encontrabas. Cuando el coraje te permitió vislumbrar que el cuarto aún se hallaba a oscuras, te maldijiste una vez más y buscaste el interruptor para encender la luz. Lo hiciste y al instante viste la cama al centro del cuarto. ¿Cómo fue posible no hallarla? Ese era el único sitio donde podría estar y, sin embargo, momentos antes perdiste varios minutos manoteando al aire y buscando con los pies un objeto que no se puede mover y que, a pesar de su masa sólida, de su peso, se había movido de un lugar a otro con su gran tamaño para desesperarte, pero ¿de quién era esta obra? Era una broma de mal gusto para alguien que está a punto de dormirse parado o de caer secamente sobre el suelo para ya no sufrir más estando de pie. Aún no terminabas de formular tus preguntas, aún tus ojos no se acostumbraban a la luz recientemente emitida por el foco, aún la figura de la cama no se formaba en tus pupilas, cuando escuchaste el minúsculo escándalo producido por los gusanos.

Era mentira que dormían, para ellos no existía el reposo nocturno. Además, todos se peleaban por tener una oportunidad para maltratar o cuando menos de acosar a la víctima; y la víctima eras tú, que al descubrirlos se te desbarató el rostro por completo. Estabas desde ese mo-

mento poseído por los gérmenes del insomnio. Y por el pesimismo que te había tumbado los dientes de un sólo golpe.

Carcajadas completas caminaron como banderas en los sitios conquistados por el enemigo. Batalla número uno para los gusanos. Los viste, derrotado, los viste arrasando su asquerosa panza flácida, asfixiada por esas patas ruidosas que presumían su victoria; sin embargo no estaban satisfechos, y eso era fácil descubrirlo a pesar del estado en que te hallabas. La cama se había movido de su sitio porque cientos de gusanos la sostuvieron sobre su lomo, hasta que lograron desesperarte y entre la oscuridad se burlaban de ti y de la danza estúpida que realizaste inútilmente, pues al cabo de media hora eras el juguete que tomaba parte en el juego de los gusanos. Y tuviste que prender la luz, pues como ya dijimos, era la primera derrota del ciego.

Cuando las toneladas de luz cayeron sobre el espacio, los gusanos dejaron la cama en su sitio y salieron enfurecidos buscando destruir aquello que les había echado a perder su juego. Tú los contemplaste. Tu absorta mirada siguió la odisea que tus enemigos de juego llevaban a cabo. Las losetas del piso fueron cubriéndose de caravanas desesperadas que buscaban el techo. Los gusanos se removían, se rebasaban unos sobre otros y llegaron a la pared. Comenzaron la etapa más difícil del éxodo, pero todos querían ser héroes. A los quince centímetros la altura comenzó a cobrar víctimas.

Algunos gusanos se reventaban por el esfuerzo, pero los demás no escarmentaban. Y tú, quieto, anhelando la luz y con ganas de llorar. Caminaste dos pasos hasta quedar a la orilla de la cama y te dejaste caer. Alzaste la mirada

al momento en que te envolvías entre las cobijas, cuando ya los gusanos había recorrido las paredes y se deslizaban por el techo. Tus miradas se iban dilatando y aguardabas a que nada malo sucediera. Bajo tu esperanza escondías tu rencor acrecentándolo. Mañana llamaré a los bomberos para que con sus utensilios los destruyan, los desalojen de este sitio. Sí, mañana habría que llamar a no sabías quién para correrlos. La casa que invadieron era tuya, no hay derecho sobre la tierra que permita esas acciones. ¿Es tuya la casa? ¿Hay derecho, algún tipo de derecho?

Basta de preguntas, hay que mandarlas a volar. Sí, tú estás dispuesto a hacer muchas cosas el día de mañana. Y al igual que tus miradas que se dilataban, tu miedo y tu primera derrota se estaban escribiendo, sucediendo, hasta que tus ojos se pudrieron en la oscuridad. Mientras, los gusanos fundieron en el techo la única lámpara incandescente que quedaba viva; la de tu cabecera fue destruida cuando estabas en el trabajo. Después el ruido desacostumbrado del viento comenzó a sonar, a inundar la habitación. Imaginaste que los gusanos iban mordiendo el foco que tanto daño les hacía.

Con esta imagen, con ese ruido de vidrios masticados te dormiste, sintiendo que los afilados dientes de los gusanos se te incrustaban en el cuerpo, pero el cansancio actuó como un somnífero que te permitió ignorar la realidad por unas cuantas horas. ¿Y cuando amaneció aquel fin de semana, en qué situación te hallabas? ¿Lo recuerdas?

Sí, recuerdo todo con bastante claridad. Aquellas cosas están tan cerca de mí, como esta cerveza helada que tengo en la mano y que a cada trago me nubla la tristeza como un buchecito de agua bendita apagando el fuego de mis pecados. Tenía la boca tostada, los ojos heridos con la

claridad del medio día, el cuerpo acalambrado, casi muerto, abandonado en mi cuarto que ya no era mi cuarto. Y cuando mis ojos pudieron ver de nuevo, vi sus sonrisas. Me tenían sitiado con sus burlas y no dejaban de atacar. Cuando quise moverme lastimé mi cuerpo y descubrí que me tenían atado con mis propias cobijas y, entonces, dudé de que un ser como yo, en esas circunstancias, pudiera seguir viviendo para la historia.

Estaba amarrado con mis propias cobijas, inutilizado por culpa de los gusanos. Hagan el favor de soltarme, les dije a gritos. Ellos se rieron y se azotaron unos contra otros al ver mi desesperación. No hicieron caso de mis gritos y así me mantuvieron todo el fin de semana. Tengo que ir a trabajar, les supliqué, el lunes muy temprano, y ellos me respondieron: de acuerdo, irás pero todo lo que ganes será pan nosotros. En vista de que has perdido todas las batallas, eres nuestro esclavo. No, en eso no estoy de acuerdo, cómo pude perder todas las batallas si no nos hemos enfrentado nunca. Eso es lo que tú crees, me dijeron, y entonces acepté las condiciones del enemigo.

Desde ese día dejó de comer y sus compañeros del trabajo lo notaron adelgazar. Algunos le decían el Transparente de tan frágil. Oiga, amigo, aliméntese bien, le decía a su jefe, y si está demacrado por algún lío de falladas, estaría bien que organizáramos una noche de juerga, yo sé lo que le digo, basta con un exceso para olvidar las lamentaciones.

Posiblemente el jefe había notado que ya no salía a comer con Laura los dos días acostumbrados de la semana, pues fuera del saludo diario, estaban envueltos en una brisa de indiferencia. Él no podía explicar nada porque ni para él mismo tenía explicaciones. ¿Cómo ibas a de-

cirles, con toda la calma del mundo, que tu casa había sido invadida por los gusanos y que, desde hacía tiempo, participabas en su juego: Mucho menos habría palabras para decirles que Laura ya no comía contigo, para después ponerse a fornicar. Y entonces te ponías a recordar la última vez en que ella estuvo en tu habitación, tan deseosa como todas sus tardes en que un orgasmo les aliviaba la histeria, la tensión y les hacía sentir menos agria la rutina.

Ella era la niña que después del espasmo y del reposo se acurrucaba sobre tu pecho para humedecerte de lágrimas. Ése era el ritual: deseo, éxtasis, reposo, llanto. Pero desde aquella tarde se interrumpió porque los gusanos la hirieron y ella no pudo verlos. Qué pasa, se decía y se contemplaba las ronchas amoratadas sobre sus muslos, sobre sus glúteos, sobre su espalda. Tú le explicaste que la casa estaba invadida de bichos y ella te dijo que no fueras infantil, que eso no era una razón convincente para explicar el estado de su cuerpo. Le dio por decir que ella sí sabía la verdad. La verdad es que mi cuerpo ya está cansado del tuyo. Me causa alergia y por eso me lleno de ronchas. Se fue sin creer en los gusanos y sin deseos de volver, y entonces tú te pusiste a llorar, como puede hacerlo cualquiera de nosotros, mientras los gusanos se burlaban de ti. Incluso te privaban de tus lágrimas, pues al caer las atrapaban y después de atraparlas se retiraban a rastras a toda velocidad para esconderlas donde no las pudieras hallar y evitar, de esta forma, que el llanto te fortaleciera.

Guardaste silencio como cualquiera de nosotros que tras los labios secos luchamos contra la mentira que se disfraza de verdad. ¿Para que íbamos a decir algo que nadie

tomaría en cuenta con la debida gravedad del caso? Si dijéramos: nuestra casa está invadida de gusanos, a cualquier conocido o desconocido, éste nos respondería, al momento de palmeamos la espalda, vamos muchacho, no hagas tanto lío: ponte una bota de suela dura y dedícate a caminar encima de ellos, destrípalos, es cosa fácil, vamos, muchacho, tú serás el héroe en esta ocasión.

Hay gente que tiene la lengua dispuesta para cualquier alarde, pero ¿acaso el alma no cuenta en la historia? Cuántas veces se nos ocurrió eso tan sencillo: ponernos de pie para pisar par a par a los parásitos y partíolos, cuando menos a la mitad. Sí, ya se nos había ocurrido, pero con resultados nulos lo habíamos llevado a la práctica. ¿Acaso eran de plástico los gusanos? ¿No sería en realidad que su número era tan grande que sumaban varios millones de seres infinitos, tan tercos como la madre que los trajo al mundo y que, por eso mismo, nuestras pisadas nunca fueron suficientes para detenerlos?

Sea lo que sea, una mañana tu vida se vuelve a alterar: pones el talón sobre el piso y un sonido busca tus oídos: el silbido de una serpiente se siente sobre el silencio y se abre el día y la historia, al escuchar suavemente el silbido del reptil. Mueve el cascabel, como un acento dividiendo el compás de la vida.

Tengo que echarla de este sitio, te dices, ya es suficiente con una invasión de gusanos para martirizarme con alguien más. Los gusanos lloraban y se escondían por todas partes inútilmente. El nuevo reptil se deslizó por todos los lugares de la casa con las fauces abiertas, engullendo, uno tras otro, a los invasores, hasta que llegó a mi cuerpo y subió para inspeccionarme. El ruido

de los gusanos había terminado. La serpiente bajó de mi cuerpo y se acomodó en un rincón de la casa.

Entonces yo me dije: esto hay que celebrarlo, debo comprar lámparas nuevas, desinfectar la casa, limpiar los cristales, tomarme una cerveza, en fin, volver a la vida. Después, ponerme a discutir con el reptil. Así fue como salí de la casa, dejando todos mis pesares en el hocico de la serpiente. Estas cosas se las digo porque es posible que alguien de ustedes se encuentre en las mismas circunstancias en que me vi envuelto. Si quieren acompañarme a casa, platicaremos largo y tendido sobre el asunto. Si uno de ustedes anda en las mismas condiciones, ya veremos qué hacer, lo importante es no quedarse callado y terminar ganando el juego de los gusanos.

ARTURO CASTILLO ALVA

Mambo no

Anoche, cuando vi que la llevaban a la sala de operaciones, me dieron ganas de llorar. Creo que no me reconoció. Se veía tan pálida. Si hubieras visto cómo era entonces: alta, delgada, con un porte... Era muy guapa, no bonita, guapa. Para ella el gris era lo máximo en elegancia. Usaba unos trajes sastre muy bien cortados; blusas con encajes discretos y a veces, alguna corbatita de listón angosto. Sus zapatillas muy altas y caminando tan erguida, tan derechita. Deveras que sabía caminar con zapatillas por esas calles sin banquetas, medio año llenas de lodo. Siempre tuve la impresión de que era muy alta pero cuando crecí me di cuenta de que no lo era tanto, sino que era el porte, el porte que tenía.

Todo eso que te cuento fue despuecito del ciclón del cincuentaicinco. Habíamos dejado de vivir en el llano porque todos nos quedamos sin nada con la inundación. Nos trajeron a vivir aquí, dizque en reacomodo, pero estuvimos pagando años y años el maldito terreno. Tú no sabes lo que es ser pobre, Patricia. Pobre pobre, de veras, así éramos todos los que fuimos reubicados ahí. Estaba horrible el lugar, sólo era más alto, y estaba cerca de una laguna; en las noches era un mosquero y un griterío de ranas que nomás no podías dormir, en serio. Por eso a mí

nunca me ha gustado mucho el puerto; aquí siempre estás cerca del agua. Que si el mar, ríos, que si lagunas, canales o entre puros charcos. Agua por todos lados, no se puede.

Entonces yo era una chiquilla, y la veía cuando pasaba al trabajo, y veía a mis hermanas mayores y pues no, yo la admiraba a ella esa manera de caminar, ese rostro siempre mirando al frente. Y la forma de vestir, tan fina. Me imagino que la mayor parte de lo que ganaba se lo gastaba en ropa. O a lo mejor ni siquiera tenía mucha pero sabía combinarla. Créeme que siempre traía medias y nunca vi que se le hubiera corrido un hilo, y mira que yo me fijaba en ella, me fijaba en todo. Anoche, cuando la vi tan acabada, me dieron ganas de llorar. Se me quedó mirando pero no creo que me haya reconocido. Le pasé una mano por el pelo y se me quedó mirando.

No sé qué es lo que me da tanta tristeza. Pero es que tú no sabes, Patricia, lo pobres que éramos todos ahí. Cuando llegamos no había drenaje ni luz; así que a fuerza nos acostábamos temprano. ¿Será por eso que ahora me da tanta tristeza dormir de día? ¡Me deprime! En los meses de calor, en plena canícula, sacábamos sillas o bancos para sentarnos un rato en la calle al anochecer, cuando el sol por fin bajaba, y la chiquillada alharaquienta jugando con llantas viejas, con fierros torcidos que sacaban del dizque relleno... todos cenizos por la luz de la luna y el polvo. Entonces pasaba ella, como a las ocho y media, saludando muy amable, muy educada, pero sin detenerse a platicar con nadie. Me acuerdo mucho de un traje sastre de saquito corto con un bies azul en las solapas que era de una tela como de lino, cremita, y abajo una blusa de seda azul marino con el cuello abierto...

vieras como me gustaba aquel trajecito crema, años soñé tener uno así. Creo que era empleada de un almacén y no debe haber ganado mucho. ¿Cuánto podía ganar una empleada entonces? Poco, muy poco, creo yo.

Imagino que tendría veinte, veintidós años. Yo tenía hermanas de su edad pero no se juntaban con ella, y es que ella no se juntaba con nadie del barrio. Aunque una vez, cuando alguien de su familia cumplió años, hicieron fiesta y nos invitaron. Son cosas de las que me acuerdo como si fuera ahorita. La fiestas de los pobres son como una danza para espantar la tristeza, Patricia, pero la tristeza conoce a los pobres y nunca se espanta; te lo digo porque de seguro tú nunca estuviste en una fiesta así... como la anilina amarilla con la que en esos tiempos, los sábados, teñíamos el piso de madera, nomás duraba un rato y el lunes la madera vieja ya se había chupado el color. Pero esa noche ella era la más linda, claro, con un vestido de charmés gris perla de falda recta y un escote en 'v' por media espalda. Me acuerdo como si la estuviera viendo. Otra cosa que tengo muy fija de esa fiesta es la música, el mambo. Casi puro mambo pusieron en el tocadiscos, y ya no era tiempo de mambo. Ella muy seria, muy diligente, atendiendo a todo mundo; a todos los que estábamos ahí apilados, en la salita de su casa. Me acuerdo de mis hermanas, de mi prima Teresa que murió de parto a los veintidós, de los muchachos de entonces... Yo tenía doce, pero comparada con ellos pues todavía era una niña. En un momento en que me dejaron pasar, fui a la cocina por un refresco y ahí me la encontré, sola, recargada en una mesa con los ojos llenos de lágrimas y un pañuelito hecho bola en la mano. No te imaginas cómo me impresionó.

Mucho tiempo tuve la idea de que en las fiestas de los pobres siempre había en la cocina alguien llorando. Mucho tiempo. Todavía hoy cuando voy a una fiesta y ponen mambo, no, yo mambo no. No me gusta oírlo; fue una música muy alegre y lo que tú quieras, pero yo de esa época sólo tengo tristezas, me da depresión nomás de acordarme.

Y no creas que me decepcionó haberla visto llorar en la cocina, no, la seguí admirando, atenta a la hora en que pasaba para verla. Y sin comentarle nunca nada a nadie. A lo mejor porque de niña me hacía la ilusión de que ella no era pobre, o de que podía no serlo. No sé, a esa edad yo empecé a tener un como coraje todo el tiempo.

Ella a veces se peinaba con una raya en medio y unos bucles gruesos sobre cada oreja, o se levantaba todo el pelo en la nuca sosteniéndolo con una peineta pequeña. Yo veía las revistas de moda y se me figuraba que ella muy bien podía haber sido modelo, con su cuello largo, su rostro anguloso, su boca fina. Ahora en la mañana subí a verla a recuperación, estaba dormida; la aguja de la transfusión se había movido un poco y había una mancha de sangre en la sábana. No sé por qué no me atreví a acomodársela y llamé a la enfermera de piso. Mientras llegaba me puse a mirar por la ventana; era la hora en que la gente pasa rumbo al trabajo y había viento. ¡Y cuántas muchachas, Patricia! Todas muy bien arregladas, con esas modas de ahora, que son bonitas, no creas. Tantas mujeres que somos éno? A mí me da gusto verlas, jóvenes rumbo a su trabajo, me da gusto. Así pasaba ella entonces, pero pues entonces pocas, muy pocas trabajaban. Hasta se veía mal, las criticaban; mi abuela era así, juzgona.

Yo a ella, en el llano, nunca la conocí. Acá vine a conocerla. Y luego la perdí de vista tantos años...

Anoche estuve piense y piense, acordándome. Y me di cuenta de lo importante que fue para mí haberla conocido, haberla visto pasar por la calle, tres o cuatro veces al día. Para esto, ella siempre pasaba sola, sin que ningún muchacho la acompañara; hasta después de esa fiesta que te cuento. Entonces, un domingo, como a las tres de la tarde, que los voy viendo. ¡Y era un tipazo, en serio! Le llevaría como quince años pero era un tipazo, con canas en las sienes y los ojos verdes. Hacían una pareja tan bonita... No sé, no me imagino la cara que puse cuando los vi, en cambio, me acuerdo muy bien que pensé que ella se merecía alguien así, y me dio mucho gusto verlos. Cuando la de piso me dijo que venía el doctor, no quise esperarlo y preguntar, ¿para qué? Ni tampoco ver los análisis, las pruebas...

A partir de entonces él empezó a acompañarla algunas noches o a venir por ella los domingos. Los noviazgos de antes eran diferentes, como más bobos. Pero ellos no se veían bobos, de veras, ise veían tan bien! Las cosas eran de otro modo, otras siguen siendo iguales. Fíjate que yo nunca he pensado que eran mejores, no, yo siempre he dicho que antes eran peores. Hasta los carnavales. No sé si a ti te tocaron todavía los carnavales. De chica, mis hermanas me arrastraban cada año y sólo de uno me acuerdo con gusto. Y todo porque la encontramos en un baile, con él. Estaban bailando y hubieras visto lo bien que lo hacían, con una elegancia... pero lo que más me llamó la atención fue verla reír. Cómo se reía, se reían los dos mientras bailaban. Ella tenía unos dientes pequeños, blancos y parejos, y llevaba un antifaz angostito de terciopelo

azul, como si le diera pena cubrirse, como si sólo fuera la contraseña de que sabía que estábamos de carnaval. Era la primera vez que la veía reír así, tan contenta, y cómo se notaban en medio del gentío.

Dicen que los carnavales eran muy bonitos pero a mí, te repito, no me gustaron nunca. Porque te digo, en esa época yo estaba todo el tiempo como llena de coraje, contra todo, pero también como llena de tristeza; con la sensación de que no había un lugar para mí, de que jamás habría un lugar en donde yo pudiera estar. Lejos de aquellas calles llenas de perros asoleados.

Anoche, sentada en la sala, cerraba los ojos y la veía como si fuera ayer. Estaba cansada pero no quería acostarme, no tenía sueño. Tenía como todos los recuerdos metidos entre los ojos y la garganta, hasta la nariz me dolía. ¿Sabes que yo nunca, nunca le hablé? Ella sí, algunas veces, cuando era niña me agarró los pelos a la pasada y repitió mi nombre dos o tres veces; como diciendo “m’hija, que friega ser pobre y ser mujer”. Yo pienso ahora que ella sí entendía lo que era entonces ser mujer, algo que a ti no te tocó como nos tocó a nosotras, Patricia. O será que para mí fue más claro, al verla, lo que significaba serlo. Te hablo de cuando ya tenía trece años y la seguía mirando con esa admiración que se me fue quedando en los años que vinieron luego.

Anoche estaba ahí sentada, te digo, ya tardísimo, y veía mi departamento, tan chico que es —tú lo conoces— y era como si estuviera mirando toda mi vida. Todos los años que me llevó reunir tanta cosa y que no sé ni cuando empezaron. Todo lo que fui juntando desde... no sé, quizá desde que conseguí la beca para estudiar enfermería. ¿Sabes?, a mí nunca me gustó la enfermería; yo hu-

biera querido otra cosa pero era mi oportunidad, mi única oportunidad, y la pesqué. No me arrepiento. De pobre no puedes escoger mas que entre huir o quedarte para siempre. Y siempre, como que es mucho infierno incluso para los pobres.

Anoche me sorprendió descubrir con cuánto amor fui juntando cada objeto, con cuánto apuro... ¿Sabes qué fue lo primero que tuve mío, mío? Un sofá que tenía los cojines reventados. Pero yo quería mi casa, un lugar para mí, porque sentía que lo merecía. Así como ella se formó esa imagen tan bonita de sí misma, de ser mujer; con sus trajes grises o aquel de lino crema, sus blusas con holanes y encajes, su manera tan especial de caminar...

Nunca supe que pasó. Nunca. De repente, a los quince, me fui del barrio a casa de unos tíos que vivían más cerca de la escuela, porque ni para los pasajes tenía yo —te lo juro—. Al barrio nomás volví después de visita, y nunca quise preguntar, para qué. Las mujeres a veces somos tan tontas, Patricia, hemos sido tan tontas. Dicen que la pasión nos vuelve locas, pero ¿qué otra cosa teníamos aparte de la pasión?, nada. Yo al menos, no tenía nada. Luego tuve un sofá con los cojines reventados y una pata rota. Esa noche viéndolo todo, de repente, me daban ganas de reír... ¿Quién construye su vida alrededor de un sentimiento?, la mujer... ¡Hazme el favor! Por eso, a veces, nos quedamos hasta sin vida, no es justo...

Me da coraje. Todavía hoy me da coraje. Ahí estaba, oyendo el zumbido del refrigerador; mirando el tocadiscos, las mesitas, la televisión, las cortinas, las revistas amontonadas y las medias cansadas en un respaldo... A ella jamás le vi un hilo corrido en una media, jamás. Cerraba los ojos y la miraba, erguida, orgullosa de su porte,

de su ropa, de todas esas cosas que había reunido para sí. ¡Tan hermosa, Patricia, tan hermosa! Cuando parece que nosotras ni siquiera a eso tenemos derecho.

Después de que papá murió, una mañana saliendo del turno me fui a meter a un café de chinos, al que papá me llevó alguna vez de chica, por los bísquetes. Pedí uno y un vaso de café con leche. A esa hora el lugar se llena de hombres que van a sus trabajos y todos piden lo mismo. Me puse a ver sus caras, todas iguales; como que la pobreza te deja muy poco tiempo una cara propia y luego luego te la quita, te la arranca para meterla en el mismo molde de amargura para siempre. Entrando no lo reconocí, pero ahí estaba, también con su café y su bísquete. Y ya era un anciano, un anciano. Ni restos de aquel tipo que había sido el novio de ella: la ropa vieja, la barba de tres días, los ojos verdes como flotando apenas en agua sucia. Me le quedé mirando, no sé, sorprendidísima, y entonces me miró como si me reconociera de algún sitio ¿pero cómo?, como si se acordara de mí cuando los veía pasar, cuando los vi bailar y reírse en aquel carnaval del cincuenta y nueve, tan contentos.

¿Sabes? A los veinte una cree que olvida. Será por la sensación que tenemos a esa edad de que ahora sí va a empezar la vida. Anoche me di cuenta de que una nunca olvida. Ahí sentada, mirando mi casa, volví a oler su perfume —aquí—, con la garganta. Y escuché de nuevo su voz cuando a la pasada, alguna vez, me agarró el cabello y repitió mi nombre. Y supe cuánto le debía mi vida a ella; a ella con su elegancia, con su manera de no rendirse. Porque yo, cuando era niña, supe, entendí lo que me estaba diciendo. ¡Lo entendí, Patricia, lo entendí! Y luego me costó tanto todo... Me costó mucho, años y años,

Patricia. Lo estaba mirando todo junto y me puse a llorar. A chillar como loca, como no había llorado nunca. Y de repente hasta gritaba y no podía dejar de llorar. No sé cuánto tiempo estuve así; cuando empezó a amanecer ya estaba quieta, toda bañada de mocos y de lágrimas. Me sentía rara, como cuando ya de grande regresaba a mi departamento luego de pasar unas horas en el barrio, visitando a la familia... Como cuando pierdes un anillo no muy caro que ni siquiera te gustaba mucho, una como molestia por no haberlo tenido un poquito más. No sé...

Me levanté del sillón toda entumida, me bañé y me fui caminando hasta el café de chinos... a los bísquetes que a mí nunca me gustaron, que siempre me supieron como a tierra, como a polvo de barrio miserable. A lo mejor esperaba encontrarlo ahí otra vez, y pensaba decirle de ella, avisarle, que viniera a verla. Pero claro, no estaba. Ni probé el bísquete; me vine para acá y subí a recuperación. Estuve mucho rato mirando por la ventana a las muchachas que pasaban rumbo al trabajo... y me dio tanto gusto verlas, ¡tanto gusto! Antes de que llegara la de piso, me acerqué otra vez a la cama y la besé varias veces en la frente, diciéndole en voz baja que las viera, que eran como alguna vez fue ella: tan elegante, tan seria, tan hermosa. ¡Que las viera...! Y le pasé la mano por el pelo como ella hizo un día conmigo, y repetí su nombre varias veces. Pero ya no lloré, no, ya no Patricia, para qué.

FEDERICO SCHAFFLER

Variación del Principio de Arquímedes

Pronto me rescatarán.

El astronauta flotaba en el espacio, enfundado en el grueso y complejo traje, alejándose lentamente del planeta.

Tengo tiempo de sobra. Sólo debo esperar –pensó.

Debido a un accidente del mecanismo de regeneración de oxígeno, se vio precisado a salir de su nave monoplace, debidamente protegido, a fin de intentar la reparación por fuera.

El traje, propiamente dicho, no era sólo eso, sino una especie de semicilindro con mangas perneras, sumamente resistente y con mecanismos que aseguraban la supervivencia del astronauta por largo tiempo.

Lo importante es que nutrientes no me faltarán. Las pastillas calóricas implantadas bajo mi epidermis me permitirán vivir y los filtros para reciclar los líquidos son materialmente a prueba de fallas.

En teoría, los sistemas de sustentación de vida de los astronautas eran ilimitados. En caso de terminarse las 3,685 micropastillas colocadas en el cuerpo de los viajeros del espacio, existía en el cuarto forro del traje una cantidad igual, que se pondrían en marcha a través de pequeños

electrodos hipodérmicos, lo que garantizaba un abasto calórico permanente y regular cada 50 horas, por 42 años. Tiempo más que suficiente para cualquier rescate.

Dado que almacenar una cantidad tal de nutrientes requiere también de un sistema casi perfecto de regeneración de oxígeno y de líquidos, ambos factores fueron considerados para una situación como la que ahora afrontaba el astronauta.

En la curva espalda del traje, junto a la antena que emitía un SOS constante en diversas longitudes de onda, existían bien protegidos los mecanismos que garantizaban su correcto funcionamiento, sin enviciamientos o ratificación, durante un período similar de tiempo.

Lo bueno de esos trajes es que prácticamente no pueden fallar. Estoy a salvo aunque me aleje del planeta y la nave. Debo esperar.

La pila atómica, debidamente aislada, daría potencia a los diversos mecanismos del traje por un tiempo ampliamente superior al que los sistemas de sustentación requerían, por lo que el margen de error considerado, era mínimo.

La salud mental del posible naufrago también estaba considerada al usar el traje. Microcircuitos ponían en funcionamiento, con sólo hacer presión con un dedo, interminables programas de radio, cuando así se desease, así como prolongados cuestionarios y ejercicios regularmente espaciados, que mantenían ágil la mente del astronauta, en caso de que ocurriese una emergencia como la presente.

Me pregunto si me encontrarán antes del lanzamiento de la nueva sonda espacial. No puedo darme el lujo de que otro ocupe mi lugar en la misión –pensó.

Los días pasaban lentamente y el tedio aún no hacía mella en el astronauta, enfundado en el ajustado traje.

Empieza a molestarme la barba quisiera poder cortármela.

Todos los mecanismos funcionaban a la perfección, tal como lo podía constatar el astronauta en los distintos medidores y diales frente a su cara. Sólo era cuestión de esperar a ser rescatado. Días, meses o años no importaban. Una vida podía preservarse sana, física y psíquicamente, gracias a los adelantos de la ciencia, aún estando abandonada en medio del espacio exterior, en un fuerte y apretado traje de supervivencia.

Los científicos que habían perfeccionado el traje consideraron detalles como la necesaria satisfacción sexual, el movimiento de las articulaciones y el posible deseo de suicidio. Todo había sido tomado en cuenta, previsto y solucionado, de manera rítmica, constante y mecánica. Sin margen para errores.

El astronauta-náufrago en cuestión no tendría otra cosa que hacer que esperar, sin preocuparse en lo absoluto.

Qué bien me caería un buen trozo de ternera asado, con papas y ensalada –pensó el astronauta, pero sus glándulas salivales no segregaban más líquido que el estrictamente necesario para evitar que se le resecara la garganta. Otra medida preventiva también considerada.

Los primeros meses transcurrieron sin más novedad que el grueso y desaliñado bigote que le llegaba hasta media barbilla y el crecimiento normal del cabello, tanto en la cara como en la cabeza, mismo que empezaba a obstaculizarle la visión, teniendo que realizar grandes esfuerzos para retirarlo de sus ojos con sus propias exhalaciones, a fin de poder ver los controles.

Estas vacaciones de completo reposo van a hacerme flojo. Cómo me gustaría poder correr por las calles de mi pueblo y estirar todos mis músculos, no nada más los imprescindibles que me ejercita el traje.

Todo marchaba a la perfección, las cápsulas calóricas entregaban puntualmente su ración de vitaminas, proteínas, minerales y estimulantes, mientras que los filtros de agua y aire no daban muestra de fatiga tras meses de soledad espacial y uso continuo.

Válgame, ahora ni ver puedo. Bueno, quizá esto signifique una prolongada y mullida siesta. Descanso para mis ojos –se dijo a sí mismo, al darse por vencido en la inútil tarea de intentar quitar los gruesos mechones de cabello que prácticamente le tapaban la cara y le llegaban a los hombros.

Todo había sido tomando en cuenta. Quien se viera en el predicamento de vagar en el espacio hasta ser rescatado llevaba las ganas de ganar, sólo debía tener paciencia y esperar, sin saber que esa última cápsula, de un veneno concentrado, haría sucumbir al astronauta tras 42 años de soledad en el reducido espacio vital de su traje.

JULIO PESINA

Sirena

Cerró los ojos en un intento por imaginar que nada de aquello estaba pasando, pero no lograba dejar atrás esa intensa sensación de tristeza y coraje. Era más de lo que podía soportar, sólo le quedaba abandonarse al llanto en la soledad de la playa y así lo hizo; sus lágrimas recorrían libremente su cuerpo desnudo, después de bañar su rostro, caían sobre sus senos para formar un solo afluyente que seguía derramándose hasta caer en la arena, donde se mezclaba con el agua que venía rítmicamente hasta ella y retornaba al mar.

Tenía la costumbre de venir a la playa cuando se sentía triste o se cansaba de soportar las continuas discusiones de sus padres, quienes se culpaban el uno al otro por la basura en la que se convirtió su matrimonio y, lejos de arreglar sus propias vidas, se empeñaban en dirigir la de ella. También iba allí cuando se hartaba de la incompreensión de sus hermanos, de la prepotencia de sus maestros y de la generalizada estupidez de los hombres.

Las aguas de la playa se convertían en un bálsamo para sus dolores, lavaban sus heridas y arrastraban la inmundicia hasta el fondo del mar. Fue en esas aguas donde compartió su transformación en mujer y el inicio de su vida sexual, al lado de su primer novio. Su sangre se había di-

luido en la inmensidad del océano, mientras descubría que su existencia estaba rodeada por una multitud de extraños, por un mar de gente más indiferente que esas aguas, gente que viene y va, que hace sus vidas en un ciclo de indolencia y vanidad. Pero qué le importaban esa bola de estúpidos si tenía para ella a un hombre que reunía exactamente lo que le faltaba al resto del mundo. Con él había encontrado la fortaleza, la protección y la confianza que tanto había necesitado. Pero su novio se marchó, confirmando-le así que estaba de nuevo completamente sola.

Tomó un caracol y se lo puso en una oreja, tapándose la otra con la mano. Estaba convencida de que la resonancia que escuchaba le haría olvidar todos sus problemas y la transportaría al mundo maravilloso que siempre imaginaba cuando venía a la playa: un mundo en el que no cabían los humanos, sólo las aguas y ella.

Era increíblemente agradable aislarse de todo. Era como estar muerta, y al mismo tiempo, como gozar de una vida nueva. Permaneció así varios minutos, luego se levantó con un movimiento súbito y empezó a caminar hacia el mar. Se mojó los muslos y el agua alcanzó la cintura y el pecho mientras ella seguía avanzando resuelta. Había decidido renunciar a aquella vida llena de incomprensión y de falsedad que tanto le asqueaba. El agua la cubrió rápidamente pero ella no sintió molestia alguna. Había pensado siempre que las personas que se ahogaban sufrían una desesperación tremenda, pero aquel ambiente le resultaba inofensivo, podría decirse que agradable.

Sintió el agua avanzando dentro de su nariz y de su boca, vio sus cabellos flotar en medio del agua, que se hacía cada vez más oscura. Cuando se convenció de que no se ahogaría empezó a notar los cambios que ocurrían

en su cuerpo. Sintió unas sutiles aberturas abriéndose y cerrándose en sus costados, pero lo más sorprendente era que sus piernas habían desaparecido y en su lugar crecía una enorme aleta, que se agitaba con fuerza como si tuviera vida propia.

Animada por ese descubrimiento, siguió nadando mientras exploraba cada parte de ese nuevo universo, gozando de la libertad que le proporcionaba su vigorosa aleta. Estaba segura de que pronto encontraría seres semejantes a ella en quienes podría hallar la comprensión y el amor que tanto deseaba, pero la búsqueda fue inútil y desesperante. Estaba rodeada de la nada en aquel inmenso volumen de agua.

En medio de aquella oscuridad recordó con cierta tristeza la vida que había dejado atrás; llegó a pensar que tal vez los problemas del mundo terrenal no eran tan grandes como había creído, tenía toda una vida para reponerse de sus fracasos, para conocer a otros hombres y darle otra oportunidad a su familia.

Su corazón se estrujó al imaginar a sus padres y comenzó a nadar hacia la playa, que había quedado muy lejos. Un raro sistema de orientación la ayudó a llegar a su lugar preferido y ahí se tumbó a descansar. Cerró los ojos para dejarse bañar por el sol, deseaba disfrutar de la brisa de aquella playa, sentir nuevamente la suave caricia del viento sobre su piel, y en su espalda la textura del suelo, que después de todo era el mundo al que ella pertenecía. Pero pronto advirtió que le faltaba el aire y en medio de aquella desesperación sus hendiduras branquiales se abrían inútilmente. Hizo esfuerzos por incorporarse pero no pudo, su aleta caudal siguió azotándose violentamente contra la arena, incapaz de llevarla de regreso hacia el agua.

PEDRO GUZMÁN REYNA

El aullido de la loba

Don Jacinto Eguía murió de edad muy avanzada. Lo sepultaron en el mismo lugar donde había construido su primer cuitzillo. A los pocos días también falleció la Meca Juana, siendo sepultada junto a la tumba de su esposo.

Y de aquella loba parda, la fiel compañera de la Meca Juana, empezaron a circular muchas leyendas. Se cuenta que fueron varias las personas que la vieron echada junto a las dos tumbas como si estuviera vigilando el sueño de sus amos. Aunque nadie estaba seguro de haberla visto merodear por las callejuelas de Miquihuana, son muchos los que afirman que por las noches se escuchaba un lastimoso aullido de lobo que se esparcía a lo largo de la llanura y que hacía estremecer aun a los más valerosos. Hasta que un día también los aullidos dejaron de escucharse por un buen lapso, y la Villa de Miquihuana fue dejando atrás poco a poco las historias y las leyendas de Jacinto Eguía, de la Meca Juana y de la loba.

Pero años más tarde, a finales de la Revolución Mexicana, el mismo aullido se escuchó durante tres horas seguidas, y al poco tiempo el pueblo fue invadido por tropas revolucionarias que saquearon y destruyeron lo que se encontraron a su paso. Desde ese incidente no faltaron

quienes identificaron el aullido de la loba la señal que anunciaba alguna tragedia o catástrofe. Ficción o no, lo cierto es que antes de alguna prolongada sequía, epidemia o incendio forestal, se escuchaba por las noches el aullido prolongado de la loba. Hasta había los que aseguraban que en más de una ocasión vieron su silueta dibujarse ante la claridad de la luna llena.

Otros iban más allá. Afirmaban haber escuchado los cantos de los indios que danzaban en derredor de un montículo de tierra rojiza, y hasta aseguraban que en ciertas noches de plenilunio se apreciaban sus figuras con arcos y flechas celebrando rituales de su época. Y que, incluso, al amanecer del siguiente día, se podían distinguir las huellas de sus pies y algunos residuos de flechas entre los carbones aún ardiendo, así como un vago olor a peyote ahumado.

ÁNGELA ORTEGA RODRÍGUEZ

11 gramos

Este cuento está basado en la cultura “pop” en la que vivimos, gracias a la cual nos alejamos de nuestras culturas para acercarnos a otras nuevas con diferente concepto de moral y valores.

Anna era una chava popular, se podría decir, salía a dar el “rol” con sus amigos, venía de una familia muy acomodada dentro del gobierno, tenía un novio guapísimo y tenía carro del año, era la envidia de las mujeres con su cuerpo perfectamente moldeado, su ropa de marca y siempre súper a la moda y fantasía de todos los hombres por casi las mismas razones.

La hermana mayor de Anna, Lucía, era bonita, inteligente pero no muy popular porque se negaba a ser como todos, quería algo mejor para ella y para su hermana, no le importaba la popularidad y cuando se juntaba con los populares los sentía vacíos, iguales, sin pensamientos propios ni conversación de interés.

Anna había moldeado su cuerpo gracias a una serie de, si me permiten decir, exageradas dietas y rutinas de ejercicios, cuando Lucía tenía sus ojos puestos en un libro, fuese novela o de ficción. Anna pedía dinero y se lo gastaba en accesorios, maquillaje y saldo para su celular, cuando Lucía se lo gastaba en libros, lo esencial, y lo de-

más lo guardaba o invertía. Anna sacaba seises, sietes y lo más alto ochos, cuando Lucía sacaba diez siempre.

En fin, eran tan diferentes intelectual y emocionalmente hablando como físicamente. Las dos eran delgadas, de facciones finas y bien delineadas, pero mientras Anna era rubia de pelo largo y lacio, ojos verdes, labios gruesos y tez blanca; Lucía era morena de pelo ondulado y larguísimo, ojos negros, labios delgados pero llenos y tez aperlada; el físico de Anna era el digno de una modelo, mientras el de Lucía era el digno de una atleta; (Anna hacía rutinas, no deportes).

Las hermanas que se llevan un año (iban en el mismo salón ya que Lucía adelantó un año en vacaciones), eran como blanco y negro, todo lo contrario, por lo que no se llevaban bien. Lucía creía en la belleza interior mientras que Anna solo miraba la exterior. Un día, en una de sus sesiones de lectura Lucía leyó un artículo que hablaba de la muerte y que estaba comprobado que perdemos 21 gramos de peso al morirnos, eso según las teorías es el peso de nuestra alma. Filósofa como era, empezó a reflexionar y se dio cuenta de que el alma se nutre de valores, de los buenos sentimientos de la fe, de nosotros mismos, de lo que nos inspira y nos mantiene vivos.

Pasaron semanas y meses, las hermanas se sentían cada vez más distantes entre sí, un fin de semana, mientras Lucía terminaba de leer el libro del día, sonó el teléfono. Anna estaba dando el “rol” con todas sus amigas y sus novios, cuando por ir demasiado rápido, bebidos y en pleno desenfreno perdieron el control del carro que terminó hecho nada, apachurrado entre un poste y una casa. ¿Cómo llegó ahí?, nadie sabe.

Anna había muerto, y al hacer el informe de la autopsia el forense notó algo raro. Anna no había perdido 21 gramos como era lo común, sólo 11 gramos, (esto científicamente no puede ser posible pues contradice la teoría del peso del alma); Lucía recordó sus reflexiones y se dio cuenta de algo, cada gramo es fácil de conseguir, pero es aún más fácil de perder, y ese día fue el más triste de su vida pues había comprobado que su hermana, por seguir a la mayoría, por ser *cool*, *nice* o simplemente por pertenecer, había perdido parte de su alma.

ROLANDO AGUILERA

Ellas

Laura desliza lentamente una mano sobre la pierna de su amiga, por debajo del mantel, en el nuevo restaurante donde se encuentran cenando. Carmen permanece con el rostro impassible, a la vez pone la suya encima de aquella que la acaricia cada vez más cerca de la entrepierna, haciendo a un lado la falda negra estampada. Ajenas, las amigas con quienes comparten la mesa continúan conversando. No es la primera vez que ocurre. Cuando se conocieron tiempo atrás, en la preparatoria, sus novios eran grandes amigos y ellas meros accesorios para acompañarlos. Ellos platicaban ignorándolas, acompañados de cerveza y unos odiosos cigarros sin filtro. En esa ocasión Laura no dejaba de observar a Carmen. Tiempo después le confesaría que nunca había hecho algo así, pero tampoco había conocido una mujer tan hermosa. Carmen volteaba a ver a su novio angustiada, le daba pena que notara la insistente mirada de Laura, o la descubriese halagada por ello, como si él pudiese adivinarle el pensamiento. En la siguiente reunión, Carmen se acercaría a Laura para iniciar una plática inocente, casual, tratando de disimular lo mucho que le gustan esos ojos sacados de una revista de moda. Los muchachos, enfrascados en un reñido juego de dominó, ignorarían ese sutil cortejo lle-

vado a cabo en el sillón. En adelante todos las conocerán como grandes amigas.

A Carmen y a Laura se les ve juntas, estudian la misma carrera, en el mismo salón, comparten los fines de semana que no ven a sus galanes, comen en la cafetería de la escuela, ven películas en el cuarto. De visita duermen en la misma cama, como hacen las buenas amigas. Ni papá ni mamá lo verían con malos ojos. Un día, contando chismes sobre sus novios y con una televisión encendida generando un ruido de fondo, se encuentran riendo a carcajadas extrañamente cerca, muy cerca una de la otra, la nariz casi tocándose, así permanecen largo rato, indecisas, viéndose a los ojos entre dudosas y anhelantes, pensando que si se atreven a dar un paso más, difícilmente podrán dar el de regreso. Pero mamá toca la puerta, el desayuno está servido y las esperan en el comedor. El encanto se rompe. Ellas se alejan, levantan y visten pretendiendo que nada pasó, pero ahora salen tomadas de la mano como si llevaran años haciéndolo. Ahora será común verlas así. Qué buenas amigas son, dirán los demás. La próxima semana será cuando sus labios se conozcan por fin.

Mientras Carmen guía la mano de su amiga con cadencia y el mesero toma la orden a todas, rememora cómo Laura acostumbraba dejarle mensajitos en la mochila: “Te extraño” o “Nos vemos donde siempre”, se convirtieron en contraseñas cotidianas. Con el tiempo decidiría esconderlos pues algunos vendrían acompañados de un pequeño pero revelador corazón rojo. Ir de compras, al cine, a tomar café, a los conciertos juntas, luego comen-

zarían las pintas de la escuela, los viajes de estudios inexistentes, la piel impregnada en la piel en un motel en la orilla de la ciudad. La primera vez Carmen observó a Laura dormida a su lado, satisfecha; encendió un cigarro, tenía poco de haber empezado a fumar, debe ser que lo prohibido sabe diferente. Ella buscó una frase para explicar su relación sin lograrlo. Es difícil definir algo cuando no hemos aprendido las palabras para hacerlo. En cambio contempló esa espalda desnuda que se ofrecía ante sus ojos, pensando temerosa y emocionada en un futuro juntas. Aquellos eran buenos tiempos, ahora ya no lo son.

Laura retira la mano. El mesero trajo los platillos y se disponen a cenar. Sus vidas tomarán rumbos distintos cuando salgan del restaurante. Laura rumbo a la capital, en busca de un sueño que los caminos empedrados de esa pequeña ciudad no le pueden ofrecer. Esta sencilla reunión es la fiesta de despedida y el festejo por la graduación de todas. En cambio Carmen permanecerá ahí. Las señoritas deben quedarse, dice mamá, hasta que vengán a pedir su mano y salgan vestidas de blanco. Hace unos días su novio se lo explicó: los hombres no suelen esperar hasta estar casados, pero Carmen dijo no, de momento. Sospecha que más adelante la pedirá en matrimonio y no está segura de cómo responder, o mas bien sí, aceptar desde luego, como debe ser. Los novios se conocen, conviven, se casan y tienen hijos. Sabe también que debería estar contenta por su amiga pero no es así, de todas formas la abraza como las demás y le desea lo mejor. Carmen quiere decirle algo a Laura, pero no lo hace, ni tendrá oportunidad de hacerlo. Cuando lo ha

intentado se le quedan las palabras atoradas en la garganta, como el sollozo callado que emitirá la noche cuando por fin acceda a las súplicas de él, tres meses después, en una cama espaciosa, en un hotel caro en el centro de la ciudad, en unas sábanas blancas que le recordarán, sin poder evitarlo, al envoltorio de los muertos.

ÍNDICE

REBECCA BOWMAN BRUJAS	9
OLGA FRESNILLO MI AMIGA TERE	15
GRACIELA GONZÁLEZ BLACKALLER EL CUENTO DE NUNCA ACABAR	21
JUAN GUERRERO ZORRILLA ¿DE MADERA?	25
GUILLERMO LAVÍN LA MUCHACHA QUE SUFRÍA DE TEDIO	41
ORLANDO ORTIZ DEUDA DE HONOR	49
CORO PERALES LAVÍN EL CONCIERTO	55
LA MANCHA	59
MARCOS RODRÍGUEZ LEIJA BON APETIT	63
CAÍN	65
ALTAÍR TEJEDA DE TAMEZ LA RECOLECTORA DEL TIEMPO	69
JOSÉ LUIS VELARDE LOS CRÍMENES QUE CONMOVIERON AL MUNDO	73
EDUARDO VILLEGAS GUEVARA EL JUEGO DE LOS GUSANOS	81
ARTURO CASTILLO ALVA MAMBO NO	95
FEDERICO SCHAFFLER VARIACIÓN DEL PRINCIPIO DE ARQUÍMEDES	105

JULIO PESINA SIRENA	109
PEDRO GUZMÁN REYNA EL AULLIDO DE LA LOBA	113
ÁNGELA ORTEGA RODRÍGUEZ 11 GRAMOS	115
ROLANDO AGUILERA ELLAS	119

Este libro se terminó de imprimir el
15 de octubre de 2011, se utilizó la fuente Aldine.
Su tiraje fue de 500 ejemplares.

